

P. BOSCH GIMPERA

El Problema etnológico vasco y la Arqueología



Al Profesor D. Telesforo de Aranzadi, al que tanto deben la Antropología y la Prehistoria vascas.

INTRODUCCION

El problema de la etnología vasca ha sido planteado sobre todo desde los puntos de vista de la filología y de la antropología modernas, sin llegar a una solución satisfactoria. No hay hipótesis que unos y otros no hayan propuesto para explicar el origen del pueblo y de la lengua vascas. Nosotros no vamos aquí a discutir los fundamentos de tales hipótesis, que pueden verse enumeradas en cuanto a las lingüísticas en los trabajos de Campión: De las lenguas y singularmente de la lengua baska como instrumento de investigación histórica (Bilbao, 1919), y de H. Schuchardt: Heimisches und fremdes Sprachgut (Revue intern. des études basques XIII, 1922, p. 69 y sig.) y en cuanto a las antropológicas en Eguren: Estudio antropológico del pueblo vasco (Bilbao, 1914).

De tantas teorías son muy pocas las que merecen ser tomadas en consideración o que poseen todavía actualidad que haga preciso discutir las. Casi siempre, se trata de hipótesis fundadas en caracteres aislados del tipo racial observados en pocos individuos o de fenómenos aislados también de la lengua, los cuales se comparan con los de razas o de lenguas distantes sin tener para nada en cuenta las posibilidades históricas ni geográficas de la pretendida semejanza.

Las hipótesis antropológicas, después del estudio metódico hecho durante muchos años por D. Telesforo de Aranzadi y resumido en su Síntesis métrica de cráneos vascos (Rev. intern. des études Bas-

ques, XIII, 1922) en el que se exponen los caracteres raciales de los vascos de manera satisfactoria, pueden darse como definitivamente enterradas. En cuanto a las hipótesis filológicas, de la mayoría no hay siquiera que hablar. De las formuladas más modernamente como la hipótesis ligura de Schulten (Numantia, I, Munich, Bruckmann, 1914) o de la que pretende establecer paralelos entre el vasco y el grupo de lenguas llamadas caucásicas entre otros (Trombetti, *Comparazioni lessicali*, parte III, en publicación desde 1914-15, de su *Saggio di glottologia generale comparata*), H. Schuchardt ha hecho la crítica en sus artículos: *Baskisch=Iberisch oder=Ligurisch?* (*Mitteilungen der Anthropologischen, Gesellschaft in Wien*, 1915 p. 109 y sig.) y en el arriba citado: *Heimisches und fremdes Sprachgut* (*Rev. intern. des études basques*, XIII, 1922, p. 69 y sig.). En realidad después de todo, de acuerdo con la frase de Campión, citada también por el propio Schuchardt, «el Robinsón basko continúa habitando su isla desierta» y a pesar de los trabajos del mismo Schuchardt para encontrar afinidades con las lenguas camíticas y con el ibérico, el problema continúa en pie.

Ciertamente, aparte de los discutidos paralelos ligures de ciertos fenómenos de la lengua vasca, los que tienen una base más firme son los paralelos ibéricos, entre los que hay algunos que los lingüistas admiten como seguros y que han parecido confirmar la teoría clásica de Guillermo de Humboldt que considera a los vascos como un resto de los antiguos iberos. Geográficamente no hay duda que existe la posibilidad de tal explicación y que si después de separar del vasco todos los elementos románicos y latinos de aluvión, encontramos en el léxico y en la toponimia vasca fenómenos paralelos de otros de la toponimia preromana de otras regiones de la península o de las pocas palabras ibéricas que han llegado hasta nosotros, la hipótesis ibérica es sumamente sugestiva. Procediendo solo con los datos lingüísticos, incluso lo poco que se avanza con los paralelos ibéricos, dado lo escaso de textos ibéricos conocidos, no sería un obstáculo; puesto que siempre quedaría el consuelo de esperar que cuando se conozca mejor el ibérico tendremos nuevos y más satisfactorios elementos de juicio.

Pero de los trabajos que se han hecho en los últimos años acerca de la arqueología y de la historia antigua de la península por una parte y por otra de las conclusiones a que ha llevado el estudio de los restos antropológicos de los sepulcros megalíticos vascos en comparación con la raza de los vascos modernos, surgen serias difi-

cultades para la identificación de los vascos con los iberos y al mismo tiempo se plantea el problema de los posibles elementos ibéricos del vasco de manera distinta que hasta ahora. Ellos obligan también a preguntarse si el fondo inexplicado todavía del vasco, no llegará algún día a aclararse debiéndose acudir a otros factores étnicos no precisados todavía. Y sobre todo obliga a prevenirse contra la ecuación de pueblo y lengua, mientras no haya otra prueba más firme que la existencia de factores lingüísticos comunes entre el pueblo que se trata de explicar y aquellos en cuyas lenguas existan elementos de comparación.

Afortunadamente los lingüistas se dan cuenta de la necesidad de usar de extraordinaria cautela en tales explicaciones y el mismo Schuchardt en uno de sus últimos trabajos (*Die iberische Inschrift von Alcoy*, publicado en *Sitzungsberichte der preussischen Akademie der Wissenschaften*, phil.-hist. Klasse, 1922, p. 83 y sig.) dice claramente: «La relación histórica entre lengua, pueblo y cultura cambia en alto grado según el lugar y el tiempo y no se deja reducir a fórmulas rígidas».

En realidad tratándose de tales problemas la lingüística choca con la extraordinaria dificultad de la falta de cronología de sus elementos de juicio cuando se refieren a la época preromana y es sumamente fácil tomar como un fondo primitivo único lo que acaso proceda de varios orígenes. Solo la sedimentación cuidadosa de los materiales y tratándose de nombres de lugar un estudio de su distribución geográfica, como para los de los territorios en relación con el vasco ha comenzado Meyer-Lübke (*Els noms de lloc en el domini de la diócesi d'Urgell en el Bulletí de dialectologia catalana*, 1923, p. 1 y sig.) puede comenzar a poner en orden nuestros conocimientos de tales cosas.

Por ello es de capital importancia que con los materiales de otras disciplinas como la arqueología y la antropología, que pueden operar con datos de fecha segura, aun para los tiempos de que las fuentes históricas no dan testimonio, se pueda llegar a ver qué caminos están abiertos y cual puede ser el marco en el que se deba encajar la explicación. En realidad la arqueología permite hoy ya llegar a resultados satisfactorios para multitud de problemas de la etnología peninsular y puede intentarse ya una reconstrucción de sus líneas generales: Como dice Schuchardt en el trabajo citado acerca de la inscripción de Alcoy, «habrá que reconocer que en la historia primitiva de Hispania hoy la lingüística se halla en una posición mucho menos ventajosa que la antropología o la arqueología».

Vamos a ver pues cuáles son las posibilidades de explicación que nos ofrecen los resultados recientes de la Arqueología y de la Antropología para el problema etnológico vasco y a ver cómo pueden compaginarse con los de la Lingüística. Para ello habrá que resumir las líneas generales de la reconstitución de la etnología peninsular que hemos expuesto con extensión en otro lugar y ver qué se desprende de ellas para el país vasco, teniendo en cuenta sobre todo los descubrimientos que en él se han hecho en los últimos años acerca de su Prehistoria.

I—LAS LINEAS GENERALES DE LA ETNOLOGIA PREHISTORICA DE LA PENINSULA HASTA EL FIN DE LA EDAD DEL BRONCE EN RELACION CON EL TERRITORIO VASCO

A) Paleolítico.

Después del paleolítico inferior durante el cual la monotonía de los tipos no permite conclusiones etnológicas y en el que debió vivir el hombre de Neanderthal en grandes regiones de la península a juzgar por los hallazgos de Gibraltar y de Bañolas, y que no sabemos en qué relación puede hallarse con los pueblos posteriores, en el paleolítico superior puede observarse ya la existencia en la península de dos grupos étnicos bien caracterizados: el *vasco-cantabrico* con su raíz en el S. de Francia, desde donde un elemento emparentado penetró en la zona N. de Cataluña y el *pueblo de la cultura capsense del E. y S. de España* (fig. 1).

La individualidad bien marcada de tales pueblos se desprende de sus respectivas culturas: en el N. el utillaje completo de las culturas del paleolítico superior europeo con su evolución típica a través de los períodos auriñaciense, solutrense y magdaleniense, así como el arte naturalista sin escenas y con representaciones humanas escasísimas, en cambio en el E. y S. de España el utillaje pobre capsense con su evolución característica hacia las formas microlíticas y el arte menos naturalista, con abundancia de escenas y de representaciones humanas «impresionistas».

Si la antropología completa este cuadro no podemos asegurarlo todavía por falta de datos acerca de la región vasco-cantábrica, en la que el único resto apreciable es todavía el cráneo auriñaciense de Camargo, que por ser incompleto se hace difícil de filiar definitivamente (por ejemplo como perteneciente a la raza de Cro-Magnon como se viene generalmente suponiendo). Aun si esto fuese verdad

Cano, y representa una rama de un tronco de pueblos que desde el N. de Africa se extendió también por otros países del Occidente del Mediterráneo, como Italia por ejemplo.

La pertenencia del país vasco a la cultura del N. de la península, de origen europeo, está fuera de duda, no solo por razones geográficas puesto que el país vasco es el punto intermedio entre el grupo cantábrico (Santander y Asturias, en donde tal civilización está representada por tantas estaciones importantes) y los núcleos franceses, sino por hallazgos típicos como los de las cuevas de Aitz-Biarte, en Rentería, Guipúzcoa y las cuevas de Armiña, cerca de Lequeitio y de Balzola, cerca de Dima-Yurre en Vizcaya (1) con restos de utillaje magdaleniense así como de la cueva de Cortézubi en Vizcaya (mal llamada de Basondo) que, además, tiene importantes manifestaciones del arte naturalista análogo al franco-cantábrico y de la que los niveles inferiores del yacimiento arqueológico parece que son paleolíticos y que pertenecen probablemente también a la cultura en cuestión (2).

Ambos pueblos, el del N. de la península y el de la cultura capsiese Constituyen la base fundamental de la etnología peninsular y de ellos parecen haberse formado los que tienen carácter más indígena de los tiempos siguientes.

B) Los movimientos de pueblos del epipaleolítico y la etnología del protoneolítico.

Durante el epipaleolítico (3), en realidad en su momento final, los pueblos de la cultura capsiese se mueven desprendiendo unos

(1) Obermaier: *El Hombre Fósil* (Madrid, 1915). p. 168-169.

(2) De los hallazgos de esta. cueva, todavía en curso de excavación por los Sres. Aranzadi, Barandiarán y Eguren, no se ha hecho todavía una publicación en regla. D. Telesforo de Aranzadi dió cuenta brevemente de ella en el Congreso de Bilbao de la Asociación española para el progreso de las ciencias: Breves explicaciones acerca de la exploración actual en la cueva de Santimamiñe (Cortézubi) (Vol. II de dicho Congreso, 1919). De las figuras de animales de las paredes de esta cueva Aranzadi da algunos dibujos en dicha publicación. Existe otra publicación con dibujos insuficientes, que no permiten el estudio de los especialistas: La cueva de Basondo por F. de la Q. Salcedo y A. Alcalá Galiano (Bilbao, 1918).— El Conde de la Vega del Sella [El Asturiense, Memorias de la Comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas, 1923, p. 37 y sig.] se ocupa también brevemente de la cueva de Santimamiñe, sin llegar a conclusiones definitivas acerca de la cronología y del carácter de los yacimientos inferiores.

(3) Sobre el epipaleolítico en general véase además de lo expuesto por nosotros en el trabajo citado: Ensayo de una reconstrucción de la

grupos suyos que penetran hasta muy lejos, hasta las llanuras del N. de Francia e influyen en otros territorios europeos. Este movimiento, durante el cual el pueblo del capsense ya debió haber ocupado probablemente el resto de la península, puesto que al epipaleolítico pertenecen los kioekkenmoeddings de Portugal (1), debió ser precisamente por los pasos del E. del Pirineo y por la costa oriental de Francia, dejando a salvo la mayor parte del macizo pirenaico en donde perdura, solo con influencias capsenses (los tipos llamados tardenoisienses), la civilización del magdaleniense en la cultura llamada aziliense.

Este parece indicarlo la estratigrafía de la Grotte de la Crouzade cerca de Narbona por una parte; en ella (2) a una capa aziliense y con la misma fauna, lo cual supone todavía el epipaleolítico, se superpone el tardenoisiense, o sea el capsense final; mientras que por otra parte desde el departamento del Ariège en Francia hasta Asturias en España parece extenderse la cultura aziliense sin que sea sustituida como en la costa oriental francesa por la tardenoisiense (3): así en el Ariège se conocen las estaciones del Mas d'Azil representante de un epipaleolítico muy puro sin influencias tardenoisienses (sin microlitos) y la gruta de La Tourasse, en la que el aziliense ofrece además microlitos o sea una influencia del tardenoisiense lo mismo que en cierto momento del aziliense se observa en las cuevas cantábricas en España. Parece pues que la expansión de la cultura capsense en el epipaleolítico tiene lugar en su segunda mitad y deja el macizo pirenaico-cantábrico a salvo, no recibiendo en él más que influencias de los microlitos tardenoisienses.

etnología prehistórica de la península ibérica (Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, Santander, 1923) (se citará: Bosch, Etnología pen.); el trabajo de Obermaier: Das Palaolithikum und Epipaleolithikum Spaniens (Anthropos, Viena, XIV-XV, 1919-20, p. 143 y sig.) y El hombre fósil (yacimientos vascos: pag. 169).

(1) La cronología de los kioekkenmoeddings de Portugal la fijamos en el epipaleolítico, siguiendo a Obermaier, que en este punto a su vez sigue a Breujl y no en el principio del neolítico como otros autores (incluso el Conde de la Vega del Sella que los equipara a los Kioekkenmoeddings nórdicos en su trabajo citado; El Asturiense, p. 49). Los motivos para suponerlos del epipaleolítico, véanse en Obermaier: Hombre fósil, p. 325-326.

(2) Acerca de la Grotte de la Crouzade ver Ph. Hélène: L'industrie «tardenoisienne» dans la région de Narbonne (Aude). (Tirada aparte de la Association française pour l'avancement des sciences, 1921).

(3) En toda la vertiente norte de los Pirineos franceses abundan los yacimientos azilienses, lo propio que en la Dordoña, o sea en los lugares de florecimiento de la antigua cultura magdaleniense, de la que el aziliense es una transformación: Véase Obermaier: El Hombre fósil, p. 317-

El país vasco entonces tiene, como el resto de la zona N. de España la cultura aziliense, de la que se conoce la Cueva de Balzola en Dima-Yurre (Vizcaya).

Probablemente es aziliense también el nivel con sílex pequeños que se halla sobre los netamente paleolíticos y debajo de la capa de ostras en la cueva de Santimamiñe (Cortézubi), según nos comunica amablemente el Sr. Aranzadi.

En el período siguiente, ya en los comienzos de la época neolítica (1) se conoce en el N. de la península la civilización llamada «asturiense» que se extiende hasta el país vasco-francés, en donde se ha encontrado en una excavación en el valle de Mouligna, cerca del molino de Larralde junto a Biarritz (2). En España abunda extraordinariamente en Asturias y aparece también en dos estaciones de la provincia de Santander junto a la capital en la playa de Ciriego y en la Cueva de la Concha (Puiloba) (3), debiéndose achacar la escasez de las estaciones conocidas tanto en Santander como en el país vasco tan solo a no haber sido investigada intensamente la costa de estas regiones. Acaso, aunque no contenga los típicos cantos de cuarcita con punta tallada «asturienses», pertenece a esta época el canchero de ostras de la cueva de Santimamiñe, que se encuentra sobre los niveles epipaleolítico y paleolíticos y debajo del eneolítico.

(1) El Conde de la Vega del Sella en su obra citada da al Asturiense la calificación de preneolítico. por no encontrarse en sus estaciones animales domésticos: cerámica ni piedra pulimentada. El benemérito investigador del paleolítico asturiano y descubridor del asturiense, tiene cierta razón en considerar que el carácter general de los hallazgos asturienses son los de algo culturalmente anterior a la civilización neolítica formada: sin embargo a causa de las civilizaciones que hoy cronológicamente se sitúan en el mismo tiempo del asturiense (kioekkenmoeddings nórdicos, campiñense francés), cuyo sincronismo con el asturiense demuestra el mismo Conde de la Vega del Sella con razones climatológicas (la pertenencia de todas ellas al «clima optimum» y por la fauna, y como cada vez se ha abandonado más la calificación de mesolítico en honor a la claridad y sencillez de terminología, para designar dichas industrias contemporáneas con el asturiense, hemos creído mejor seguir a Obermaier quien en su trabajo citado (Das Palaolithikum und Epipaleolithikum Spaniens) considera también el asturiense como protoneolítico. La falta de animales domésticos que se observa en el asturiense y que contrasta con su existencia en las etapas correspondientes de otros lugares de Europa, indica tan solo una variedad local del Norte de la península. Lo interesante es la posición cronológica exacta y en cuanto a ella nos complace ver que el Conde de la Vega del Sella está de acuerdo también en que es la misma que la del campiñense francés.

(2) Conde de la Vega del Sella.: El Asturiense, p. 32 y sig.

(3) Id. id.

El asturiense no se encuentra fuera del país vasco-francés por ahora en ningún otro punto de Francia, pero en todo caso no debió pasar muy al N. de la zona pirenaica, puesto que en el principio del neolítico en toda la llanura del N. de Francia, con su límite meridional hacia el departamento de la Charente, se halla la civilización campiñense, bien distinta de la asturiense (1).

En cambio un hallazgo reciente, todavía inédito, comprueba la extensión de la civilización asturiense en el N. de Cataluña, en la cuevas llamadas «Caus del Duc» de Torroella y de Ullá (Prov. de Gerona) (2). Esto hace suponer que con el asturiense tenemos un fenómeno parecido al del paleolítico superior de tipo europeo o sea una cultura que en la península ocupa el N., desde Asturias hasta Cataluña, no sabemos si continuamente o si, como también podría ser, con su hogar principal en el SW. de Francia y con extensiones a ambos lados del Pirineo. La existencia de la cultura campiñense en el N. de Francia y la probabilidad de que en el resto de la península ibérica la antigua civilización capsienre debió perdurar más o menos transformada hasta producir las culturas del neolítico avanzado del Centro y W., en las que se recoge el arte capsienre fuertemente degenerado, indican que la península siguió teniendo dos culturas fundamentales de las que se pueden deducir también dos pueblos bien caracterizados, y que estas dos culturas fundamentales ocupaban en general las mismas zonas que en el paleolítico superior las del N. de la península y la capsienre.

¿Cuál es la relación que puede existir entre tales pueblos del protoneolítico y los del paleolítico superior de las regiones correspondientes? Para la zona calsiense propiamente dicha no hay dificultad en admitir que siguió más o menos transformado el pueblo del paleolítico superior, pues la continuidad de la evolución, degenerándolo, del arte del E. y S. de España, extendido también al Centro y a Portugal parece demostrarlo así, aunque carezcamos de estaciones hasta un momento muy avanzado del neolítico: que entonces las culturas: que aparezcan sobre el territorio capsienre sean muy distintas no tiene nada de particular ya que las condiciones de vida

(1) Acerca de la distribución geográfica del asturiense ver N. Aberg: *Studier öfver den yngre Stenaldern i Norden och Västeuropa* (Norrköping, 1912).

(2) Excavadas por D. Matías Pallarés y D. Luis Pericot para el Institut d'Estudis catalans. La publicación en prensa en el Anuari del Institut d'Estudis Catalans VII (1921-1923).

de los pueblos neolíticos fueron en toda Europa radicalmente distintas de las del paleolítico y se comprende que el mismo pueblo a la larga perdiese poco a poco su cultura primitiva, de la que no quedó más que el arte fuertemente transformado, que se conservó gracias a su carácter ritual y mágico.

El pueblo de la cultura asturiense desde el punto de vista de la cultura no ofrece ninguna relación con el del epipaleolítico de la misma región, pero a pesar de todo no hay más remedio, en el estado actual de nuestros conocimientos, que considerarlo descendiente suyo. La cultura asturiense no puede compararse con la campiñense, que ocupa la mayor parte de Europa, desde donde hubiera debido venir el pueblo que la representa si éste hubiese inmigrado después del paleolítico. Lo propio sucede con la capsiese vecina. Ocupando el mismo territorio que la cultura anterior del N. de España, a pesar de que tampoco hay ninguna relación tipológica con ella, no tenemos más remedio que considerarla como formada sobre el terreno por el mismo pueblo indígena. Además, que el pueblo del asturiense hubiese podido llegar por mar es una hipótesis sin base ninguna, pues ni hay precedentes, como hemos dicho, ni puede concebirse una emigración desde tierras lejanas en aquella época en que nada había en las tierras montañosas y difíciles del N. de la península para atraer a unos inmigrantes.

La falta de relación con la cultura anterior del epipaleolítico es una dificultad para la explicación del origen del pueblo del asturiense que acaso puede resolverse teniendo en cuenta los cambios climatológicos que tuvieron lugar desde el epipaleolítico: en realidad la desaparición del clima glacial y una fase climatológica opuesta, el «clima optimum», más templado que el actual, debió producir un gran trastorno entre los habitantes de las regiones montañosas del N. de la península, todavía no habituados ni a la agricultura ni al pastoreo y dependientes de la caza y la pesca, medios de vida habituales de las tribus seminómadas del paleolítico, que debieron quedar en grave peligro con la extinción de las especies animales de la época glacial. Así se explica que el cambio de vida en relación con el cambio de clima y de ambiente, produjese también un cambio radical de utillaje. Por el contrario, en el resto de la península, los cambios de clima del protoneolítico no debieron ser tan sensibles, puesto que ya en el paleolítico superior era más templado que en otras partes y no debió haber grandes cambios en la fauna de la que dependía la vida de los hombres, que pudieron continuar cazando los

animales de costumbre y adaptarse poco a poco a la nueva vida del neolítico (1).

C) El neolítico y el eneolítico: la cultura pirenaica (2)

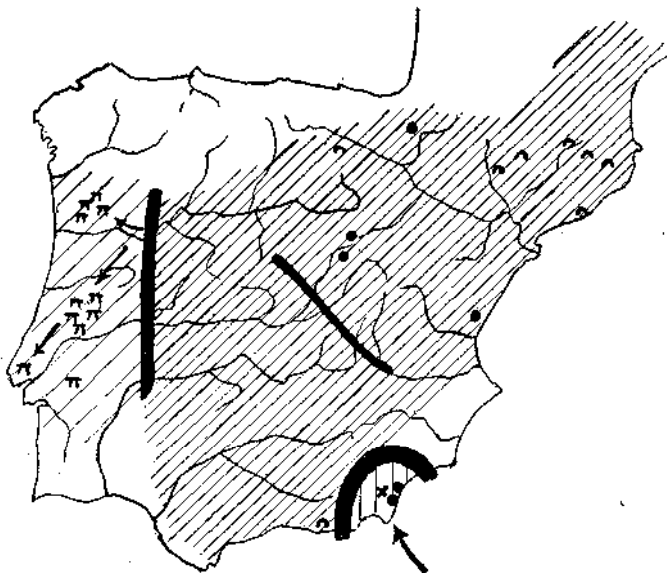


Fig. 2. La península durante el neolítico final. (Rayado oblicuo espaciado: cultura occidental o portuguesa; rayado oblicuo denso: cultura central; rayado vertical: cultura de Almería).

En el neolítico avanzado, de la base del antiguo pueblo del capsiense se forman los dos pueblos de las cultura central o de las cuevas y de la cultura megalítica occidental o portuguesa, mientras el SE. desde la provincia de Almería es ocupado por un nuevo elemento étnico recién llegado al parecer por mar desde Africa y que por tener en Almería su primer hogar en la península se suele llamar el pueblo de Almería, debiéndose ver en él, al parecer, la primera oleada de pueblos que andando el tiempo se denominaron ibéricos (fig. 2).

(1) Después de publicada nuestra Etnología pen., en donde habíamos expuesto nuestra opinión acerca de la persistencia de la población en el norte de la península a pesar de la falta de relación entre las culturas aziliense y asturiense, ha aparecido el estudio citado del Conde de la Vega del Sella: El Asturiense, en el cual se cree también que el cambio de cultura se debe tan solo al cambia de condiciones de vida. Es interesante la posibilidad que apunta el Conde de la Vega del Sella de que ciertos objetos de hueso (los llamados «candiles») del asturiense puedan ser una supervivencia de los bastones de mando paleolíticos.

(2) Para más detalles acerca de estas cuestiones ver nuestra Etno-

Del N. de España durante el neolítico puro no sabemos absolutamente nada en lo que se refiere a la región vasca. En el E. del pirineo sabemos que la cultura central se ha impuesto poco a poco (cueva de las Llenas de Olopte en la prov. de Lérida y cueva de Rialp junto a Ribas en la de Gerona); no sabiéndose si en el rincón del NW. de Cataluña y en el interior, de las comarcas del Pirineo central existió también la cultura de las cuevas o si hubo otra cultura local distinta. En todo caso el predominio de la cultura de las cuevas en el E. de Cataluña, que puede ser debido a los elementos de población capsioses entrados allí cuando los movimientos del epipaleolítico no debió hacer desaparecer todo rastro de la población anterior, como veremos en seguida al tratar de la cultura pirenaica, aunque pudo mezclarse intensamente con ella. (1)

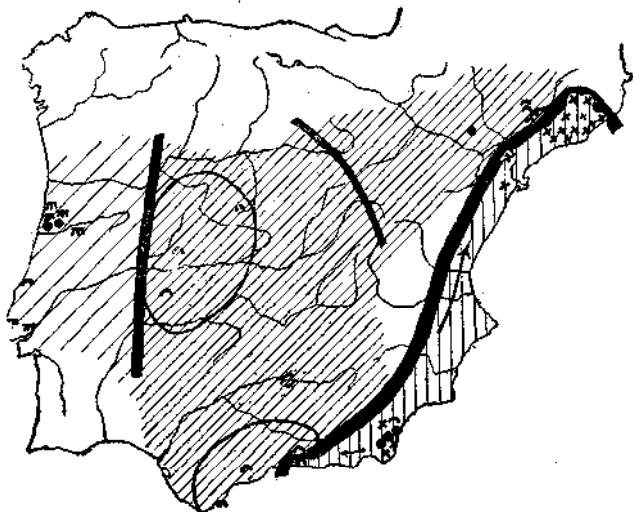


Fig. 3. La península durante el eneolítico inicial. (Explicación del rayado en la figura 2).

Durante el eneolítico los pueblos peninsulares están en movimiento y se modifican los límites extremos de los mismos. El pueblo de la cultura de Almería mientras en el eneolítico inicial llega hasta Cataluña alcanzando su límite septentrional máximo (línea Solsona-Puigreig, Vich, Vilassar) (fig. 3), en el pleno eneolítico parece haberse

logía pen. y también nuestro: Assaig de reconstitució de la etnologia de Catalunya (Barcelona. 1923, Discurso de la Academia de Buenas Letras), en donde se detalla lo referente a Cataluña.

(1) Ver más adelante.

replegado en Cataluña al S. de Barcelona por el empuje del pueblo pirenaico y en cambio ocupa entonces todo el S. de Cataluña, el Bajo Aragón, Valencia, el SE. de España y las provincias de Granada y Málaga en Andalucía (fig. 4). El pueblo de la cultura central se ha diferenciado, persistiendo la cultura de las cuevas sin grandes transformaciones en ciertas regiones de Cataluña y como veremos penetrando en la provincia de Santander, mientras que en Andalucía y en el Centro de España se forma sobre la base de la antigua cultura de las cuevas una nueva variedad de cultura: la del vaso campaniforme. La cultura portuguesa tiene en general el mismo territorio que antes en el W. de la Península (figs. 3 y 4) pero se ha incorporado todas las provincias españolas lindantes: Salamanca, Extremadura, Huelva y en todo caso parece extenderse también por Galicia, aunque el material gallego de la época es todavía mal conocido (fig. 4).

Así la cultura central roza la zona vasco-pirenaica por el S. a lo largo de todo su territorio (cultura del vaso campaniforme en Castilla, cultura de las cuevas en Cataluña) y por el W. penetra por el portillo de Santander constituyendo una especie de enclave que conocemos por la cerámica de algunas cuevas de la provincia de Santander (cueva del Castillo en Puente Viesgo, Cueva de Hornos de Peña y cueva de Canto Pino en Iruz) que no se diferencia en nada de la corriente en las demás estaciones de dicha cultura (cerámica con decoraciones en relieve) (1) (fig. 4 y lám. I). Es interesante este fenómeno porque solo con él se explican ciertas particularidades de la cultura pirenaica que en seguida vamos a estudiar,

Veamos ahora con más detención qué sucede en el N. de la península y particularmente en la zona pirenaica.

Del neolítico y eneolítico inicial, con seguridad no conocemos nada, excepto del extremo oriental del territorio pirenaico, o sea Cataluña, de donde hemos citado las cuevas pertenecientes a la cultura central (figs. 2 y 3). El corazón del Pirineo es entonces desconocido. En cambio en el pleno eneolítico, tanto el Pirineo español como el francés ofrece una cultura perfectamente caracterizada y distinta de las demás, la que llamamos pirenaica, aceptando la denominación que para la raza de ciertos restos humanos encontrados

(1) Sobre ello ver Bosch: L'estat actual del coneixement de la civilització neolítica i eneolítica de la península (Anuari del Institut d'Estudis catalans, VI, 1915-20). También había publicado noticias de dichas cuevas Alcalde del Rio: Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas (Santander, 1906. p. 76, con la fig. 17).

en sus sepulcros del país vasco adoptó el Cr. Aranzadi y después de comprobar el íntimo parentesco de esta cultura en todos los territorios pirenaicos y extensiones (fig. 4). Tal cultura se caracteriza por los sepulcros megalíticos que se desarrollan con una misma tipología, sobre todo en la zona pirenaica española (figs. 5-6) y por los mismos tipos del mobiliario sepulcral: puntas de flecha triangulares con espiga y lenticulares con sus variantes (forma de corazón hoja lanceolada, etc.), (fig. 7) hachuelas escasas, gran variedad de objetos de adorno de diferentes formas, algunas con variantes locales, algunos objetos de cobre (punzones, leznas, anillos, etc.) y cerámica por lo general sin decoraciones, de superficie bastante pulimentada y de formas esferoidales con un borde ancho ligeramente extrangulado, casquetes esféricos, etc., entre la que aparece el vaso campaniforme por lo general de tipos sencillos y con decoraciones relativamente pobres. (láms II-V) En seguida estudiaremos con más detención los grupos locales de esta cultura y los problemas que presenta: ahora nos interesa hacer notar ante todo la analogía de sus grupos locales y su diferencia fundamental respecto de las demás culturas peninsulares (central en su doble forma de cultura del vaso campaniforme y de supervivencia de la cultura de las cuevas con cerámica con decoraciones en relieve, cultura de Almería y cultura occidental o portuguesa) de las cuales parece haber tomado ciertos elementos, aunque combinándolos en todo caso a su manera.

Hay que notar también el hecho interesante de que el arte rupestre estilizado, tan frecuente en las culturas central y occidental, penetra en el eneolítico también en todo el N. de la península. (1) Además de Galicia, en donde abunda y de Asturias en donde además hay la conocida estación de Peña u Corao (Abamia) y el sepulcro megalítico de la capilla de la Santa Cruz (Cangas de Onís), recientemente se han descubierto grabados en la Braña de los Pastores junto a Cabrojo (Santander) y, en el país vasco (Alava), el Sr. Barandiarán ha descubierto unos signo? rupestres que hay que interpretar coma estilizaciones humanas en Faído y Albaina. Probablemente tales grabados rupestres son un fenómeno paralelo de la penetra-

(1) Acerca de Galicia véase Obermaier: Impresiones de un viaje prehistórico por Galicia (Boletín de la Comisión provincial de Monumentos de Orense VII, 1923.— Acerca de Santander véase J.-Carballo: Descubrimiento de un centro de arte neolítico en la provincia de Santander Actas y Memorias de la R. Sociedad de Antropología, Etnología y Prehistoria, I, p. 141 y sig.— Sobre Faído y Albaina: Barandiarán, El arte rupestre en Alava (Boletín de la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales, 1920, marzo-abril).

ción de otros elementos centrales y occidentales en el territorio pirenaico.

Al mismo tiempo debe hacerse notar en este lugar el valor etnológico de la cultura pirenaica, deducido por una parte de su personalidad cultural y de otra de los indicios antropológicos. Que la diferencia esencial entre las diversas culturas peninsulares acusa la existencia de distintos grupos étnicos bien caracterizados parece evidente. Ello se refuerza con el dato antropológico que, si es inseguro por su escasez y en ciertas culturas por no haber sido estudiado todavía con el método adecuado, en lo que se puede ver en el estado actual de la investigación parece confirmar la existencia de grupos étnicos distintos en la península, que si bien no se puede pretender que representen razas puras en el sentido somático de la palabra, sí parece que representan en líneas generales grupos antropológicos con caracteres propios. Así la raza del grupo occidental de la cultura pirenaica las tiene indudablemente y tales características (en líneas generales la mesocefalia con las sienas abultadas, el agujero occipital algo oblicuo, la barbilla saliente y al parecer la cara larga y de forma más o menos triangular) se contraponen a la mezcla constante de dolicocefalos y braquicefalos en mayoría los primeros de las culturas central y occidental y a los dolicocefalos de tipo mediterráneo de la cultura de Almería.

Ya hemos dicho que las culturas central y occidental parecían un resultado de la evolución cultural de los pueblos derivados del antiguo de la civilización capsiese. No vemos inconveniente en admitir, a pesar de que por algunos no sea esto aceptado que la raza de dichas culturas puede también ser derivada de la antigua del capsiese tal como podemos imaginárnosla a través de los restos humanos de los kiokkenmoeddings portugueses, aunque en los restos del neolítico y eneolítico hayan desaparecido los rasgos negroides que en los de los kiokkenmoeddings existían: ello acaso podría ser fruto de una atenuación progresiva efecto de la evolución de la raza sobre el terreno.

En cuanto a la cultura de Almería, que parece fruto de la introducción de un nuevo pueblo, parece que tiene un tipo predominante de dolicocefalia mediterránea, bien acusado en los craneos estudiados hasta la fecha y que parece distinta de la dolicocefalia de los restos de las culturas que parecen derivadas de la antigua capsiese.

Así pues, existen pueblos distintos en la península en el eneolítico y entre ellos el pueblo de la cultura pirenaica ocupa un lugar bien

definido, siendo imposible confundirlo con los demás. ¿Cuál es su origen, así como el de la formación de su cultura? Trataremos de discutirlo en cuanto hayamos estudiado los problemas que ella ofrece; pero podemos avanzar que no parece posible explicarlo por medio de inmigraciones nuevas, sino que de manera análoga a como nos explicábamos el pueblo de la cultura asturiense, es preciso creer que el pueblo pirenaico es el resultado de la evolución del elemento indígena del N. de España, descendiente remoto del pueblo de la cultura del paleolítico superior de tipo europeo y al mismo tiempo del pueblo de la cultura asturiense, aunque por la falta de hallazgos de los tiempos intermedios sea imposible emparentar directamente tales culturas de su territorio.

D) Los distintos grupos de la cultura pirenaica: el grupo vasco, el grupo catalán y los dos grupos del S. de Francia (1).

A pesar de la relativa uniformidad de la cultura pirenaica en sus grupos peninsulares puede hablarse de variedades locales de la misma (fig. 4).

(1) Acerca. de la cultura pirenaica en su conjunto ver Bosch, *Etnología pen. y Bosch-Pericot: Consideraciónes generales sobre els sepulcres megalitics de Catalunya* (Anuari del Institut d'Estudis catalans, VI, 192051). Debemos hacer constar que en la elaboración del concepto de la cultura pirenaica, que nosotros iremos tratado en conjunto por primera vez han sido decisivos los trabajos de D. Telesforo de Aranzadi y sus colaboradores sobre los sepulcros megalíticos vascos y sobre todo los estudios antropológicos de Aranzadi, a los que so debe la sugestión del nombre. En el estudio de conjunto. en relación con Catalunya nuestro trabajo ha sido hecho en colaboración con el Sr. Pericot, quien prepara la impresión de un amplio estudio sobre el particular. Los resultados referentes al Sur de Francia están tomados de un trabajo nuestro en preparación, hecho en colaboración con D. J. de C. Serra Rafols.

El material vasco puede verse en las siguientes publicaciones:

Eguren (E. de): *Estudio antropológico del pueblo vasco. La prehistoria en Alava (Bilbao, 1914)* (materiales anteriores a las excavaciones de Aranzadi y sus colaboradores).

Aranzadi (T. de) — Ansoleaga (F. de): *Exploración de 5 dólmenes del Aralar (Pamplona, 1915)*.— Los mismos: *Expioración de 14 dólmenes del Aralar (Pamplona, 1918)*.— Aranzadi (T. de), Barandiarán (J. de), Eguren (E. de): *Exploración de 9 dólmenes del Aralar guipuzcoano (S. Sebastián, 1919)*.— Id.: *Exploración de 6 dólmenes de la sierra de Aizcorri (S. Sebastián, 1919)*.— Id.: *Exploración de 6 dólmenes de la sierra de Ataun Borunda (S. Sebastián, 1921)*.— Id.: *Exploración de 8 dólmenes de Altzania (S. Sebastián, 1921)*.— Id.: *Exploración de 16 dólmenes de la sierra de Elósua Plazentzia (id. 1922)*.— Id.: *Los nuevos dólmenes de la sierra de Encía (S. Seb. sin techa, publicación de la Sociedad de Estudios Vascos)*.— Id.: *Exploración de 6 dólmenes de Urbasa (id. 1923)*.

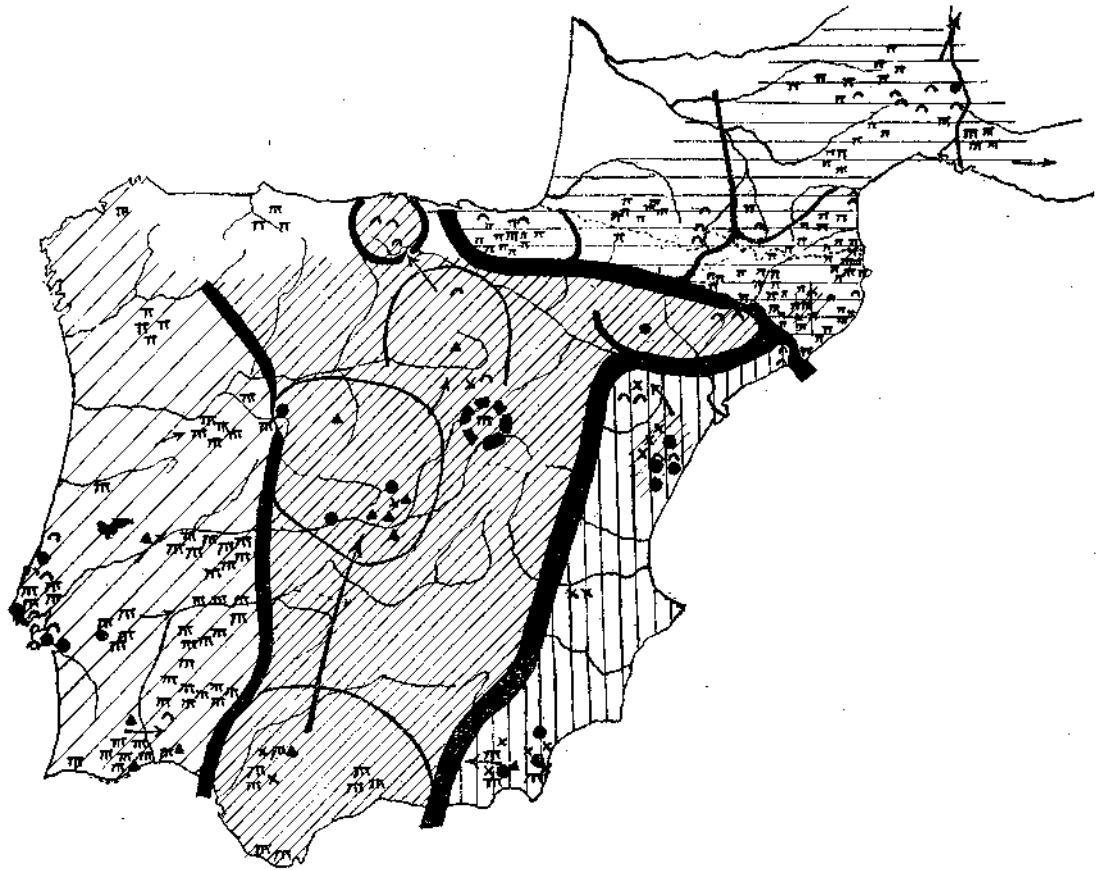


Fig. 4. Las civilizaciones de la península y del S. de Francia en el pleno eneolítico: los grupos locales de la cultura pirenaica. Rayado oblicuo espaciado: cultura occidental; idem denso: cultura central; rayado vertical: cultura de Almería; rayado horizontal: cultura pirenaica. (Mapa tomado de un trabajo en preparación de D. L. Pericot)

Ante todo conviene precisar la extensión territorial de la cultura pirenaica: sus núcleos más típicos parecen que se hallan tanto en el país vasco como en Cataluña en el mismo Pirineo o en las sierras dependientes de él. En el país vasco llegan hasta Vizcaya (Gorbea) y Alava (Sierra de Urbasa y Altos de Encía), pero no parece que por ahora se extiendan hacia el valle del Ebro. En Cataluña además de las sierras directamente dependientes del Pirineo la cultura pirenaica parece haberse extendido notablemente hacia el SE. a expensas de la cultura de Almería y alcanzando la línea Monsech — valle del Llobregat—Barcelona, formando distintos núcleos comarcales: así podemos distinguir los núcleos del Pallars y del Alto Segre, los de la comarca de Solsona, los de la Plana de Vich y los del Alto Ampurdán y de las Gavarras. En todos estos grupos hay pequeñas particularidades comarcales, como la mayor o menor frecuencia de determinados tipos de objetos de adorno, etc.

La zona intermedia de la parte más occidental de la provincia de Lérida así como la provincia de Huesca, por ahora no ofrecen hallazgos ciertos. En la provincia de Huesca se han señalado dos veces en los últimos tiempos sepulcros megalíticos: en un trabajo de D. C. de Mergelina (1) acerca de megalitos anoaluces sin dar localidad precisa y por D. Angel del Arco (2) y D. Vicente Bardaviú

—Id.: Exploración de 4 dólmenes de Belabieta (S. Seb. 1923).— Publicación en prensa de Gorbea.

El sepulcro de Axpea, cerca de Trespuentes, Alava, publicado por el P. Ruiz de Azua (Sepultura tardenoisiense de Axpea en el Boletín de la R. Sociedad española de Historia natural XVIII, 1918, p. 483 y sig.) en realidad parece que no es sino un sepulcro megalítico análogo a los demás explorados por los Sres. Aranzadi, Barandiarán y Eguren, según nos ha comunicado amablemente el Sr. Barandiarán. Ya en otro lugar (La arqueología pre-romana hispánica, Barcelona, 1910, p. 162) lo habíamos considerado como posterior al tardenoisiense, aunque no nos atrevimos a considerarlo como sepultura megalítica.

El material pirenaico de la cueva de Santimamiñe todavía no se ha publicado. Debemos el haberlo podido estudiar a la amabilidad del Profesor Aranzadi que nos ha mostrado dibujos y fotografías de los hallazgos y a la del Sr. Larrea, Director del Museo de Bilbao quien nos enseñó el material que guarda aquel Museo.

Prescindimos de las estaciones poco típicas, como de algunas cuevas de que hablan los Sres. Aranzadi, Barandiarán y Eguren en sus publicaciones de los dólmenes del Aralar Guipuzcoano, Aizkorri y Belabieta, así como de otras citadas por Puig y Larraz y por Heintz (Espeleología, en el volumen de Alava de la Geografía del país vasco-navarro). Las cuevas de Marquínez hoy ya no se consideran como prehistóricas.

(1) Mergelina (C. de): La necrópoli tartesia de Antequera (Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología. Etnografía y Prehistoria, I, 1922, p. 13).

(2) A. del Arco en el Heraldo de Aragón, del 26 de Mayo de 1922

que han hablado del dolmen de Cajal (Sena) (1) Es posible que la noticia del Sr. Mergelina se refiera al mismo sepulcro de Sena. En todo caso éste no es más que un conjunto de rocas, naturales que han quedado por efecto de la erosión en la posición que fácilmente puede hacerlas confundir con un sepulcro megalítico, como tuvimos ocasión de comprobar con nuestro compañero D. Angel de Apraiz, en una visita al lugar del pretendido dolmen, confirmándose las dudas que a propósito de tales rocas había manifestado poco antes de nuestra visita el P. Longinos Navas (2).

Sin embargo el hecho de no haberse podido encontrar hasta ahora sepulcros megalíticos en la provincia: de Huesca no es un argumento en contra ni de su existencia ni de la continuidad de la cultura pirenaica a lo largo del Pirineo. En realidad la alta provincia de Huesca, o sea los lugares en donde lógicamente habrá que esperar encontrar megalitos no ha sido explorada, lo cual puede decirse también del oeste de la provincia de Lérida, sobre todo del ángulo NW. Además, según nos comunica D. Telesforo de Aranzadi hay noticias pendientes de comprobación que hablan de la existencia de tales sepulcros, lo cual hace presumir que así que se exploren tales territorios intermedios habrá de confirmarse la existencia de estaciones de la cultura. pirenaica en toda la zona que geográficamente le corresponde.

Al otro lado del Pirineo puede hablarse también de cultura pirenaica (fig. 4). En el SE. de Francia, no sólo en los territorios más próximos al Pirineo (desde los departamentos del Ariège, Pirineos orientales y Aude), sino también en todos los departamentos a lo largo de la costa, entre ésta y el macizo Central y los Cevennas, llegando hasta el Ródano y los Alpes, abundan los sepulcros megalíticos, que cuando se han explorado han ofrecido un material emparentado íntimamente en sus principios con el material catalán, aunque luego evoluciona distintamente. En realidad se trata de una expansión de la cultura pirenaica catalana, acaso con su base en el alto Segre, a expensas de la cultura anterior del SE. de Francia, o sea la de las cuevas con cerámica de relieves análoga a la de la cultura de las cuevas del Centro de España y de Cataluña. En

(1) Vicente Bardavíu: Excavaciones en Sena (Huesca). (Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y antigüedades, 1921-22, (núm. 3, 47 de la serie general).

(2) En la revista «Ibérica», 1922, (n.º del g Diciembre, p. 348).

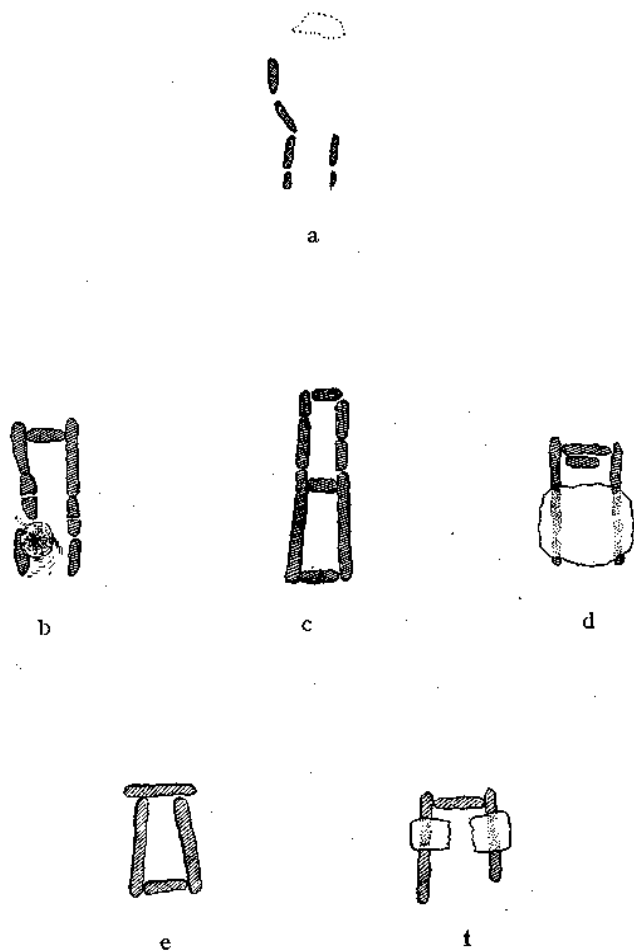


Fig. 5. Tipología de los sepulcros megalíticos vascos.

a) *Sepulcro de corredor* (Igartza).— b) d) *Transición de la galería cubierta a la cista* (b: Aranzadi; c: Arzábal; d: Debata del Realengo).— e-f) *Cistas* (e: Zubeinta; f: Debata de Arruazu).

Escala 1:200.

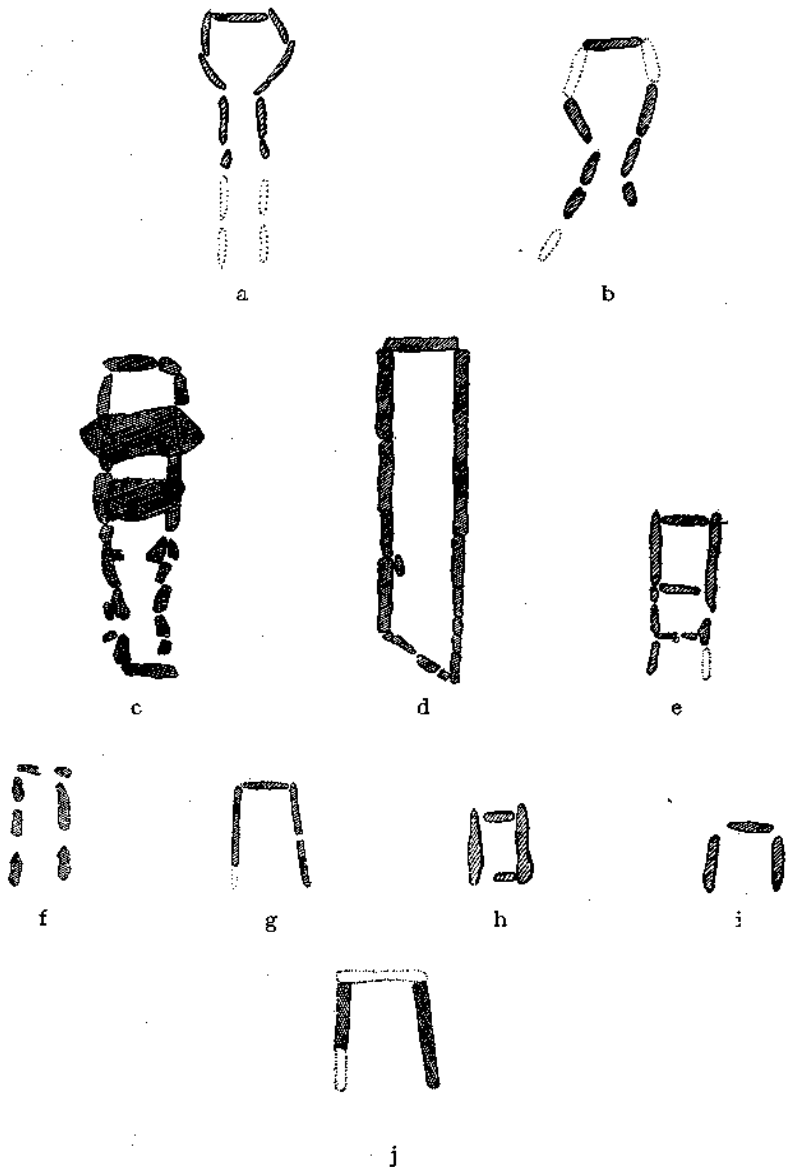


Fig. 6. Tipología de los sepulcros megalíticos catalanes.

a-b) *Sepulcros de corredor* (a: Font del Roure; b: Cabana Arqueta)
 —c-e) *Galerías cubiertas* (c: Cova d'en Dayna; d: Llanera; e: Puig-Rodó.
 —f-i) *Cistas eneolíticas* (f: Roca del Aglá; g: Mas del Boix; h: Collada
 d'Orri; i: Barraca del Lladre).—j) Cista del principio del Bronce (Collet)

Escala 1:200.

cambio en el SW. de Francia, en donde también existe un importante núcleo de estaciones de una cultura megalítica que podemos también emparentar con la pirenaica, no parece que exista cultura anterior distinta a la que se superponga la pirenaica. Parece pues que en el SE. de Francia se trata de un corrimiento de pueblos a expensas del anterior ocupante mientras que en el SW. es posible que los núcleos pirenaicos sean indígenas y que formasen su cultura paralelamente ala del grupo vasco, del que tampoco pueden considerarse propiamente una mera prolongación, por lo menos en el grupo mejor conocido de los sepulcros megalíticos de los alrededores de Lourdes (La Halliade, Tailhan, etc.).

Electivamente, el grupo vasco tiene como tipos sepulcrales (fig. 5) los sepulcros de corredor con cámara circular (Igartza oriental, acaso también Bernoa y Argonitz), la galería cubierta rectangular (Jentilarri, Aranzadi), estrecha, a veces de pequeñas dimensiones y dividida en dos subcámaras por una piedra transversal (Arzabal) y sobre todo la cista pequeña cuadrangular o trapezoidal, en realidad los mismos tipos de Cataluña (fig. 6) en donde sin embargo Parece haberse desarrollado más la galería cubierta que abunda mucho y que ofrece formas de transición entre el sepulcro de corredor y ella (Romaña de la Selva). En el SE. de Francia se observa también una gran abundancia de cistas cuadrangulares, acompañadas de galerías cubiertas del tipo catalán. Pero en el SW. de Francia la galería cubierta de la Halliade con sus cámaras laterales perpendiculares al eje principal del monumento y las grandes cistas rectangulares como la del Puy Mayou indican una variedad tipológica local aparte de las pirenaicas españolas, y sobre todo de las vascas, lo cual es tanto más de notar en cuanto que geográficamente el grupo francés del S. W. está sumamente próximo del vasco.

Lo propio sucede en el material. El vasco y el catalán, a pesar de las diferencias comarcales del material catalán y acaso de una mayor variedad de los tipos de sílex en Cataluña en donde parecen también algo más finamente trabajados (por ejemplo el mejor retoque de las puntas de flecha), tienen los dos como tipos fundamentales las puntas de flecha triangulares con espiga y aletas y las lenticulares (que en Cataluña adoptan gran variedad de perfiles: cordiforme, de forma de hoja de laurel, lanceolado, etc.) (fig. 7). Lo propio sucede en el SE. de Francia. En cambio en el grupo SW. puede decirse que las puntas de flecha de sílex no existen y solo hay las grandes hojas de puñal de sílex muy bien trabajadas, que son comunes al

SE. de Francia, pero que en los grupos pirenaicos españoles hasta la fecha no han aparecido.

En la cerámica hay también diferencias- que acusan una cierta independencia del SW. de Francia: mientras que en general tanto en el país vasco, como en Cataluña y en el SE. de Francia la cerámica más típica es la sin decoración y de formas sencillas, variantes del casquete esférico o de la hemiesfera algo estrangulada por la parte del borde (lams. II; IV b y V, a), en el SW. de Francia hay gran variedad de tipos propios: así por ejemplo los vasos llamados polípodos. Común a todos los grupos es la asociación de la cerámica

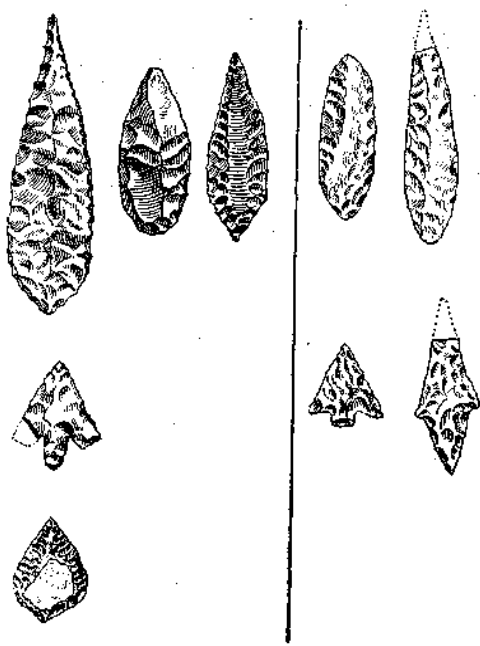


Fig. 7. Tipos de las puntas de flechas de sílex de la cultura pirenaica. (A la izquierda tipos catalanes, a la derecha tipos vascos). (1/2).

indígena, sin decoración con la del vaso campaniforme que parece tomada de la cultura central española: en el grupo vasco se reduce a los tipos más sencillos con las zonas llenas de líneas puntilladas transversales (Pagobakoitza: lám. III, Gorostiarán). Este mismo tipo es común con Cataluña (lám. IV a) y con todo el S. de Francia, pero en Cataluña se encuentra la decoración no puntillada incisa a punzón y los motivos más ricos de triángulos, etc. (La Estra-

da, Puig-ses-Pedres), cosa que probablemente es una influencia del grupo de vasos campaniformes de las culturas que rozan el límite de la pirenaica catalana (Salamó). En el SW. de Francia en la galería cubierta de la Halliade se encuentran también las decoraciones de cuerdas que constituyen un problema aparte (1).

A todo ello se puede añadir que en los objetos de adorno hay también algunas diferencias, sobre todo entre los grupos franceses y los españoles: los tipos fundamentales y comunes a todos los grupos son los disquitos de piedra o de molusco: a veces más gruesos y transformados en perlas esféricas. En el país vasco además abundan entre los objetos que pueden agruparse con ellos las cuentas de madera o las cristalizaciones que Aranzadi ha interpretado como amuletos; en Cataluña, las piezas rectangulares o los botones piramidales con perforación en forma de V. En el S. de Francia en un principio además de los disquitos y las perlas esferoidales se hallan las llamadas perlas en forma de aceituna, que en realidad no son más que las esferoideas alargadas y que se hacen en seguida de otros materiales que en España (por ejemplo de cobre y hasta de oro); más adelante, en grados de transición a la edad del bronce o en pleno principio de ésta, las perlas en forma de aceituna emprenden una evolución tipológica peculiar ondulando el perfil y acompañándolas una gran variedad de tipos que aquí no podemos entrar a estudiar.

El estudio comparativo de otros tipos, como las hachas de piedra, no permite todavía llegar a conclusiones, por la escasez de los materiales (tratándose de las hachas o de los objetos de cobre) o por ser poco típicos (por ejemplo tratándose de los cuchillos de sílex). Otra cosa

(1) Hasta hace poco no creíamos que existiesen decoraciones de cuerdas en España. Nils Aberg las había señalado en los sepulcros vascos, (*La civilisation énéolithique dans la péninsule iberique*, Uppsala 1922. pág. 157). A pesar de que de momento no habíamos admitido la afirmación de Aberg, al examinar más detenidamente la publicación de Aranzadi, Barandiarán y Eguren (*Los dólmenes de la Sierra de Aizkorri*, lámina 9, abajo) de los fragmentos del sepulcro megalítico de Gorostiarán hemos debido reconocer que Aberg parece tener razón. Por otra parte hemos estudiado los vasos campaniformes del sepulcro, perteneciente a la cultura de Almería de Filomena (Villareal, Prov. de Castellón) y el de Espolla (lám: IV) y resulta que indudablemente hay zonas formadas por dos impresiones paralelas de cuerdas en las que se intercalan líneas paralelas puntilladas, como en los fragmentos de Gorostiarán. Esto hace sospechar que con el tiempo conoceremos nuevos ejemplos españoles y explicaría tanto las cuerdas de los sepulcros vascos como las del sepulcro de La Halliade y de otros vasos campaniformes franceses (de un sepulcro megalítico de Cranves, Haute Savoie y de los sepulcros bretones) acaso como de origen español, lo mismo que el vaso campaniforme.

que por lo rara todavía se hace difícil de aprovechar en un estudio de conjunto de la cultura pirenaica es el hacha-martillo de Balenkaleku, tipo único en la península ibérica y que en cambio acaso se pueda explicar a través de una relación a lo largo de la costa occidental de Francia con la Bretaña, territorio con el que la cultura del SW. de Francia está algo relacionada.

En general puede decirse que, de los grupos de la cultura pirenaica, el vasco es el más sencillo y el que ofrece menos complicaciones; con él es muy afín el grupo catalán con sus distintas variantes comarcales; el grupo del SE. de Francia parece una extensión del grupo catalán que ya al otro lado del Pirineo pudo tomar nuevos rumbos y relacionarse entonces cada vez más con el grupo del SW. de Francia, que, pareciendo indígena, mantiene su personalidad en frente de los demás grupos. Sobre todo es interesante el hecho de que tal grupo no es una mera extensión del grupo vasco, a pesar de ser también un grupo de la cultura pirenaica sin duda ninguna.

Este último es sumamente importante, puesto que hace imposible la suposición de E. Thurlow Leeds de que los sepulcros megalíticos pirenaicos peninsulares han llegado procedente? del S. de Francia. (1) Siendo el grupo S.W. francés tan distinto, no se explica cómo puede intercalarse entre los demás de Francia y de España si en el S. de Francia hubiese que buscar el origen de los tipos megalíticos del Pirineo español. En cambio, con nuestra explicación, es comprensible que cada grupo francés pueda guardar sus características propias y aún que el grupo del S.W. pueda ser tan distinto del vasco, que se halla geográficamente tan próximo.

Otro hecho importante que debe citarse en este lugar es la mezcla, en su parte periférica, de la cultura pirenaica con las culturas vecinas. Tal es el caso de las capas superiores de la cueva de Santimamiñe en Vizcaya, que tiene algunos paralelos en estaciones de la provincia de Gerona en Cataluña. En Santimamiñe la gran masa de los hallazgos encaja perfectamente dentro de la cultura pirenaica: puntas de flecha triangulares con espiga y aletas y cerámica en su mayor parte sin decoración; pero en la cerámica aparecen algunos fragmentos con decoraciones en relieve e incisas propias de la cultura de las cuevas. Así existen fragmentos con la superficie rugosa por efecto de haber pasado por ella el dedo en diferentes direcciones, cordones con impresiones digitales y series de líneas incisas a punzón, que

(1) E. Thurlow Leeds: The dolmens and megalithic tombs of Spain and Portugal (*Archaeologia* LXX, 1920, págs. 201 y sig.).

no constituyen los adornos de la especie del vaso campaniforme sino que pueden compararse con ciertas decoraciones incisas que se hallan en las estaciones de la cultura de las cuevas, aun en aquellas en que predominan los relieves. El caso de Santimamiñe se explica perfectamente teniendo en cuenta la extensión de la cultura de las cuevas por la provincia de Santander, de que se ha hablado. Precisamente entre los fragmentos de las cuevas de la provincia de Santander se hallan algunos con la superficie rugosa y con cordones como en Santimamiñe.

Además el hecho es paralelo del que se observa en las estaciones de la cultura pirenaica de la provincia de Gerona, solo que aquí no hay que explicarlo como una influencia de una cultura vecina sino sencillamente como herencia de la cultura de las cuevas que se extendió por aquel territorio antes de la expansión de la cultura pirenaica en el pleno eneolítico. En la cerámica del sepulcro megalítico (de corredor con cámara circular) de la Font del Roure de Espolla, así como en la de la cueva de Can Sant Vicens de San Julian de Ramis abundan las decoraciones en relieve (también rugosidades y cordones) y en Can Sant Vicens existen además algunas decoraciones incisas.

Así la cultura pirenaica parece algo formado en el corazón de los territorios pirenaicos, que en el eneolítico pudo extenderse aun por otros territorios pertenecientes a la cultura de las cuevas (E. de Cataluña y SE. de Francia) y que en sus extremos recibió fuertes influencias de tal cultura. Si a un caso de influencia o a una extensión de toda ella por la llanura de Navarra pertenecen los hallazgos de Echauri. (cerámica con cordones en relieves y con la superficie estriada lám. Y, b), acaso de un fondo de cabaña, que se guardan) en el Museo de Pamplona es algo que todavía no se puede decidir. Geográficamente parecen los hallazgos de Echauri (1) la avanzada de la cultura central por Navarra, como en la provincia de Huesca la constituyen las estaciones de los alrededores de Sena (2) y la cueva de

(1) Citados en nuestra Etnología pen.

(2) Ver R. del Arco: Nuevos poblados neolíticos de Sena (Boletín de la R. Academia de la Historia, LXXVII, fasc. II-IV, 1920). En este trabajo se suponen neolíticas todas las estaciones de Sena. Algunas pertenecen a los principios de la cultura ibérica. En realidad se explica la confusión por tratarse de estaciones de la cultura de las cuevas con cerámica de relieves que a primera vista se confunde con la de las estaciones ibéricas más antiguas del Rajo Aragón cuya publicación no había aparecido todavía cuando el Sr. del Arco publicó su trabajo.

Olvena (1), o como muy al N. de la provincia de Lérida, (aunque probablemente en la época anterior al florecimiento de In cultura pirenaica, en el neolítico final) la Cueva de las Llenas de Eriñá y la de Olopte en la Cerdeña catalana.

Si es lícito emplear un simil de tiempos posteriores podríamos comparar la cultura pirenaica en su domicilio geográfico, en su extensión y en las brechas abiertas en ella en diferentes sitios por la cultura de las cuevas, así como en ciertas influencias de ésta sobre aquélla, a los núcleos del principio de la Reconquista en relación con el dominio musulmán del Ebro, que realizó incursiones por ciertas brechas de penetración, ejerció influencias políticas y aún culturales en los grupos más relacionados de Aragón y Cataluña, pero sin que todos los grupos pirenaicos dejasen de mantener su personalidad bien distinta.

Por otra parte las mezclas o influencias en los grupos-periféricos de la cultura pirenaica explican perfectamente que mientras en el país vasco se han encontrado restos humanos sumamente concordantes con los de la raza de los vascos actuales, en los sepulcros megalíticos de Cataluña y del S. de Francia exista una gran mezcla de tipos antropológicos y que los rasgos pirenaicos no se acusen con precisión como en el país vasco. En la antropología, como en la arqueología el grupo de hallazgos vascos se ofrece también como el más típicamente puro y sencillo, sin complicaciones ni mezclas.

Y ahora después de conocer los grupos locales de la cultura pirenaica y de haber puntualizado su íntimo parentesco y sus diferencias locales debemos hablar del problema oscuro de la formación de la cultura pirenaica, todavía insoluble si no es con una hipótesis de trabajo. Be todos modos ésta tiene garantías de verosimilitud.

Es imposible imaginarse, tanto en el país vasco, como en los territorios más montañosos de la zona pirenaica catalana, así como también en el SW. de Francia, la cultura pirenaica como importada por un movimiento de pueblos procedente de otro sitio. Ello solo ha tenido lugar en el SE. de Francia. Aquí nos encontramos ante el mismo caso que ante el problema del origen de la civilización asturiense. Lógicamente no se puede suponer otra cosa que el carácter indígena de la cultura pirenaica y atribuirla a un pueblo que ha permanecido en sus domicilios desde tiempo inmemorial, adaptándose los progresos de los nuevos tiempos y tomando si era preciso elementos de otras

(1) J. de C. Serra Ráfols: La collecció LI. M. Vidal (Materials de Prehistoria catalana, I, Barcelona, 1921).

culturas, pero manteniendo fuertemente su personalidad. Lo único verosímil es que, mientras en el extremo occidental del territorio de la cultura asturiense, por la entrada de gentes del Centro de España pertenecientes a la cultura de las Cuevas, la provincia de Santander y Asturias rompían su homogeneidad originaria con el país vasco y los demás territorios pirenaicos (cosa que en el principio de la edad del bronce aparece todavía más claro) la personalidad de los habitantes de esta zona se seguía acusando durante el pleno neolítico y el eneolítico con la formación de la civilización megalítica pirenaica. Si esto es así no tiene nada de particular que en el SW. de Francia exista un núcleo emparentado con los pirenaicos, aunque conserve cierta autonomía. En, la zona bearnesa, por donde se extiende dicho grupo en el paleolítico superior estaba la raíz de la cultura vasco-cantábrica y precisamente, allí en epipaleolítico se conservó dicho grupo intacto a pesar de los movimientos capsioses que cruzaron el SE. de Francia: ya hemos dicho que el aziliense francés comienza en el departamento del Ariège, extendiéndose hacia el W., mientras la zona oriental está ocupada por el capsioense o tardenoisense en relación con los territorios capsioses españoles y con el tardenoisense del N. de Francia a donde ha ido a parar el movimiento de los pueblos capsioses. Con el cambio de clima al final de epipaleolítico se forma la cultura local del asturiense, que de todos modos llega también a los núcleos subpirenaicos catalanes (Torroella), en donde debieron haber permanecido intactos núcleos emparentados con los del resto del Pirineo. Mientras en el E. de Cataluña acaban por dominar en el neolítico avanzado las gentes de la cultura de las cuevas, que por otra parte también se introducen por el portillo de Santander, y mientras por el S. de Cataluña se introducen nuevas oleadas de pueblos meridionales (las gentes de Almería, que en el empuje de la invasión llegan hasta bastante al N. de la costa e incluso suben por las cuencas que nacen en el interior de Cataluña hasta los llanos de Urgel y hasta las comarcas de Solsona y Vich, en el corazón de los territorios pirenaicos se incubaba la nueva cultura, que los núcleos que han permanecido intactos del antiguo pueblo indígena del N. de la península han de extender en el pleno eneolítico: tales núcleos están en relación con los núcleos bearneses que en el SW. de Francia quedaron también intactos en el epipaleolítico y que evolucionan de acuerdo con los núcleos peninsulares.

En el pleno eneolítico asistimos a la expansión de la cultura

pirenaica y con ella a la de los pueblos pirenaicos, que mientras en el occidente (país vasco) no parecen moverse, en el grupo oriental emprenden una verdadera reconquista de los territorios perdidos anteriormente en el NW. de Cataluña, avanzando hacia el S. por donde alcanza su límite máximo en la línea Montsech-Barcelona y por el S. de Francia llegando hasta tocar el Ródano y aun los Alpes. Entonces los grupos pirenaicos del SE. de Francia, se principian a distanciar de los peninsulares, estrechándose en cambio las relaciones con los grupos bearneses.

E) La Edad del Bronce (1).

A pesar de lo mal que conocemos la Edad del Bronce en toda la península y en particular en el N., algunas conclusiones aprovechables para la etnología pueden sacarse.

El principio de la Edad del Bronce se caracteriza por la formación en el territorio de Almería de la cultura llamada de El Argar, por evolución, sin que sea preciso admitir nuevos movimientos de pueblos. Esta cultura poco a poco se impone por influencia a la mayor parte de la península, ante todo a Andalucía, luego a Portugal y, en el extremo N. de la cultura de Almería, llega la civilización de El Argar a influir seriamente en la cultura pirenaica (hallazgos de los sepulcros megalíticos del Collet y de Bullons en la comarca de Solsona). Sin embargo a pesar de las influencias argáricas ciertas supervivencias de las antiguas culturas del eneolítico permiten reconocer que sus pueblos subsisten, y que la unificación argárica es solo una moda cultural que se ha impuesto sin matar del todo la diversidad anterior, así como que la etnología de, la península tiende a estabilizarse.

En el territorio catalán en donde en el eneolítico observamos la superposición de la cultura pirenaica a las anteriores: la de las cuevas por una parte y por otra la extensión extrema de la cultura de Almería por la zona al N. de Barcelona, podemos asistir al proceso de tal estabilización de pueblos a pesar de la entrada de la influencia de Almería. En la comarca de Solsona en donde tuvo lugar

(1) Ver Bosch, Etnología pen. y Bosch: La arqueología preromana hispánica (apéndice a la traducción de Hispania de Schulten), con bibliografía. Sobre la Edad del Bronce de Cataluña ver Bosch: Assaig de reconstitució de la etnología de Catalunya y Sepulcres megalitics dels començos de l'Edat del bronze de la comarca de Solsona (Anuari del Institut d'Estudis catalans VI, 1916-20).— Serra Vilaró: Mina i fundició d'aram del primer període de l'Edat del bronze de Riner (Anuari íd. íd.).

dicha superposición de culturas, observamos que aunque continúa la civilización pirenaica, fuertemente transformada por las influencias argáricas, la antigua civilización de las cuevas con cerámica de relieves sigue existiendo: así, en los hallazgos del principio de la Edad del Bronce de la mina Rirer de cuya cronología no puede dudarse pues en el ajuar de un minero sepultado por el desprendimiento de las rocas del abrigo, en el que se encontraba el filón de cobre explotado, aparecía un molde de fundir hachas del tipo trapezoidal con el filo muy semicircular y la parte que se une al mango muy estrecha, característico del período argárico, habiéndose encontrado además gran número de fragmentos pertenecientes a varios vasos en los que predomina el tipo de la cerámica de relieves de la cultura de las cuevas.

Esta tendencia a predominar la cultura de las cuevas en un territorio como Solsona, en donde ella debió ser la más indígena y todas las demás sólo una superposición debida a masas de invasores probablemente no muy numerosos, explica al mismo tiempo que en la antropología de los sepulcros megalíticos de la comarca, no solo en la Edad del Bronce o sea cuando con el tiempo es lógico que se mezclasen intensamente los diversos elementos étnicos que allí coincidieron, sino incluso en el propio eneolítico, durante la máxima expansión pirenaica, aparezca una gran mezcla de razas, en la que abundan los cráneos braquicéfalos que deben considerarse como integrantes de la antropología de la población de la cultura de las cuevas y sus derivadas, que en toda la península ofrece la mezcla de diversos elementos dolicocefalos y braquicéfalos: tal es el caso en el eneolítico inicial de los cráneos braquicéfalos de Gibraltar, y en el pleno eneolítico de los cráneos braquicéfalos de Ciempozuelos y otros. En la comarca de Solsona, en los cráneos del sepulcro megalítico del Collet, estudiados por D. Teleforo de Aranzadi (1) abunda también la braquicefalia

Además la absorción de los elementos étnicos forasteros por el indígena de la cultura de las cuevas en Solsona, tiene otras consecuencias etnológicas importantes. Por una parte se explica que andando el tiempo, así que volvemos a tener restos arqueológicos, en la primera edad del hierro de la zona interior de Cataluña que podemos considerar relacionada geográfica y culturalmente

(1) Véase el estudio de los restos humanos del sepulcro del Collet por Aranzadi, que acompaña nuestra publicación citada en la nota anterior.

con Solsona, aparezca una civilización arcaizante que conserva numerosos elementos de la cultura antigua de las cuevas y en particular su fenómeno más típico; la cerámica de relieves. Así es posible emparentar con los pueblos del eneolítico elementos étnicos posteriores entre los cuales hay en determinados territorios tribus con nombres conocidos por los textos históricos (los Ausetanos). Pero además la persistencia de los pueblos indígenas en Solsona, hace suponer que en las comarcas pirenaicas: menos asequibles todavía desde el punto de vista de los movimientos de pueblos todavía debieron persistir los elementos indígenas con más tenacidad y en ellas tal elemento indígena es el pueblo de la cultura pirenaica. Desgraciadamente tanto en Cataluña, como en Aragón y en el país vasco faltan absolutamente los hallazgos aprovechables para conclusiones etnológicas no solo durante el principio de la Edad del Bronce sino también en los tiempos posteriores y aun de la primera Edad del Hierro. Desde el eneolítico los territorios pirenaicos no han dado más hallazgos que unos cuantos hallazgos sueltos de hachas de bronce de tipos intereuropeos, que naturalmente no revelan nada de las particularidades vocales de la civilización a que pudieron pertenecer. De todos modos contiene retenerlos indicios arriba mencionados de la estabilización de la etnología a base de los pueblos del eneolítico porque ello tiene para los territorios pirenaicos una importancia capital como veremos más adelante.

La misma estabilización que en la zona vecina a la típicamente pirenaica de Cataluña, se observa en la zona limítrofe occidental: hemos visto en ella que en la provincia de Santander se había infiltrado la cultura de las cuevas del Centro de España. Con esta penetración debemos por fuerza poner en relación el hecho de que en el principio de la Edad del Bronce en Asturias contiene a encontrarse un fuerte elemento antropológico braquicéfalo, que se conoce por los cráneos procedentes de las minas de cobre explotadas en esta época (Arano, Milagro en Cangas de Onís) (1). Ello explica por qué a pesar de que Asturias y Santander en un principio, en el

(1) Sobre los hallazgos de las minas en cuestión: A. Dory, *Las antiguas minas del Aramo* (Revista minera, metalúrgica y de ingeniería, 1893) y H. Sandars: *On the use of the deer-horn in the mining operations of the ancients* (Archaeologia, Londres, LXII, 1910).— Sobre antropología de dichas estaciones ver: Eguren: *De la época eneolítica en Asturias* (Boletín de la R. Sociedad española de Historia natural, 1917, p. 462 y sig.) y *Elementos étnicos eneolíticos de Asturias* (íd. id., p. 323 y sig.) Ver también Eguren: *Las poblaciones pretéritas y actual de Asturias* (Discurso inaugural de la Universidad de Oviedo, 1919).

paleolítico y en el protoneolítico, formaban una unidad con el país vacco, aparezcan en lo sucesivo diferenciados y que la braquicefalia de Asturias contraste con el tipo de los cráneos vascos hasta en los tiempos modernos.

Aparte de los hallazgos de Asturias en el N. de la península del principio del bronce se conocen en la provincia de Santander un puñal triangular de bronce (Museo de Limpias) sin procedencia, una hacha plana de bronce de S. Vicente de la Barquera (Museo Municipal de Santander), una punta de flecha de bronce de Potes (1) y cuatro espadas de bronce sin mango, tres con clavos de plata procedentes de Cuevallusa en Ogarrio y la cuarta sin procedencia pero seguramente de la provincia, hoy perdidas pero de las que existe una fotografía en el Museo de Santander. De Navarra (Sierra de Alaiz?) conserva el Museo de Pamplona dos hachas planas de bronce (2) con cuatro sin procedencia y de Almandoz (Valle del Baztán) tiene una D. Vicente Bardavú en Zaragoza (inérita).

De la avanzada Edad del Bronce lo poco que se conoce no nos dice gran cosa: solo la continuidad tipológica de los hallazgos permite suponer que no debieron haber cambios importantes en la etnología. Podemos mencionar, del país vasco, una hacha de bordes salientes de la cueva de Zabalaitz (Sierra de Aizcorri, Guipúzcoa) (3), un «palstave» con una asita lateral (de la Sierra de Alaiz?) (4) y otro sin ella (sin proc.), los dos en el Museo de Pamplona con una hacha de aletas (sin proc.) y por fin una punta de lanza de bronce de la cueva de Orkatzategui (Sierra de Aizcorri) (5).

F) El posible movimiento de pueblos del S. de España al final de la Edad del Bronce.

Después de los hallazgos del final de la Edad del Bronce (IV período) que en el S., aunque aparecen solo en calidad de hallazgos sueltos y de depósitos, son muy abundantes e indican una cierta

(1) Cartailhac-Breuil. La caverne d'Altamira (Monaco 1906) p. 257.

fig. 181
(2) Altadill: Geografía del país vasco-navarro (Barcelona, Martín) val. de Navarra, pág. 662.

(3) Aranzadi, etc.: Dólmenes de la Sierra de Aizcorri, p. 28-29.

(4) Altadill, lugar citado, p. 662.

(5) Aranzadi, Aizcorri, p. 11.

prosperidad económica y cultural, viene una larga época sin hallazgos (toda la primera Edad del Hierro), particularmente en casi toda Andalucía. Parece como si el florecimiento del fin del bronce que solo podemos llegar a sospechar por el indicio citado, se hubiese interrumpido bruscamente. Esto por una parte; y por otra tenemos el hecho de que en Andalucía los territorios en que los hallazgos indican dicha prosperidad son precisamente los de la antigua cultura de las cuevas y no los de la cultura de Almería, que también en sus demás territorios andaluces, después del esplendor de la época argárica, parece agotada y en decadencia. Quien sabe si esto permite comprobar que, mientras el principio de la Edad del Bronce vió el apogeo del pueblo de la cultura de Almería, en un momento más avanzado cambian las cosas volviendo el antiguo pueblo de la cultura de las cuevas a florecer, a expensas del de Almería y durando ello hasta el final de la Edad del Bronce (IV período, entre 1200 y 1000 a. de J. C.). La interrupción brusca de los hallazgos no creemos que pueda explicarse de manera más verosímil que admitiendo una nueva invasión de pueblos procedentes de Africa, por el estrecho de Gibraltar, que serían los Tartesios de que hablan las fuentes históricas que, como la Biblia, se refieren a los alrededores del año 1000 a. de J. C., y que pondrían fin a la civilización tradicional de Andalucía. Parece confirmarlo el hecho de que luego, cuando, las fuentes históricas tratan de agrupar los pueblos peninsulares según sus afinidades en seguida se confunden los Tartesios con los Iberos de la costa de Valencia, Aragón y Cataluña, los cuales, como veremos, parecen descender del pueblo de Almería. Ello parece indicar un parecido entre Tartesios e Iberos, muy propio de dos oleadas distintas de un mismo pueblo o de pueblos íntimamente emparentados, pero incompatible con el hecho de la divergencia de cultura que se nota entre el territorio ibero y el territorio tartesio a partir del fin de la Edad del Bronce: efectivamente, no se comprende como si ambos pueblos hubiesen estado en la península desde el eneolítico y a través de la Edad del Bronce, mientras en la cultura del territorio ibérico en sentido estricto perduran tantos elementos arcaizantes que se remontan al eneolítico, en la civilización del territorio tartesio, después del corte en la evolución de fines de la Edad del Bronce, cuando vuelve a aparecer una civilización material ésta es algo del todo nuevo sin ningún paralelo ni siquiera de la cultura arcaizante de Valencia, Aragón y Cataluña.

En síntesis creemos que para explicar todos esos hechos debemos

formular la hipótesis de que habiéndose estabilizado la etnología peninsular durante la Edad del Bronce y Persistiendo la diferencia entre el pueblo de la antigua cultura de Almería y el pueblo de la antigua cultura central de Andalucía, después de florecer con más intensidad el primero durante el principio de la Edad del Bronce y decaer en sus grados avanzados mientras florecía la civilización en Andalucía, entre 1200 y 1000 a. de J. C. o sea a fines de la edad del Bronce, aparece un nuevo pueblo: el de los Tartesios que se apodera de Andalucía, poniendo fin a la evolución anterior de la Edad del Bronce. Este pueblo sería una nueva rama de los pueblos camitas del N. de Africa como lo habían sido a su vez las gentes de Almería que en adelante se llamarán Iberos y por ello, dada su afinidad étnica, fué posible, como veremos, que al formar más adelante los Tartesios su cultura influyese en la de los Iberos y al mismo tiempo su parecido hizo que, a los ojos de los colonizadores forasteros, principalmente de los griegos, se acabasen por confundir ambos grupos de pueblos parecidos, generalizando para todos ellos el nombre de Iberos.

II.—LOS PUEBLOS DE LA PENINSULA, SEGUN LA ARQUEOLOGIA Y LOS TEXTOS DURANTE EL PRIMER MILENIO ANTES DE J. C.

A) La primera Edad del Hierro en el E. y S. de la península hasta el siglo III: los pueblos ibéricos y otros (1).

Durante la primera Edad del Hierro la cultura de la mayor parte de la península es también muy conocida. Solo en Cataluña puede conocerse bien la existencia de grupos étnicos reconocibles por sus restos durante buena parte de la primera Edad del Hierro. Tales grupos son uno en la costa desde la frontera francesa hasta el nivel de Barcelona próximamente y otro en el interior de Cataluña en toda la zona montañosa (Segre medio, comarcas de Berga y de Vich): el grupo de la costa representa una cultura forastera relacionada íntimamente con la hallstättica del S. de Francia, en particular

(1) Bosch: Etnología pen.— Bosch: Assaig de reconstitució de la Etnología de Catalunya.— Schulten-Bosch: Fontes Hispaniae antiquae I (publicación de la Universidad de Barcelona, 1922), con el texto y comentario de la Ora marítima de Avieno, o sea del antiguo Periplo por Schulten.— También Schulten, Numantia I (Munich, 1917).

con la de los primeros períodos de la primera Edad del Hierro, la cual a su vez es una extensión de una cultura que tiene sus principales focos en el Rhin, habiéndose atribuido con razón a los Celtas, los cuales habiendo llegado a principios de la Edad del Hierro al S. de Francia, desprendieron un grupo suyo hacia Cataluña en donde ocuparon toda la región de la costa. El interior quedó intacto y solo recibió lejanas influencias hallstáticas, que no consiguieron desvirtuar su cultura indígena, sumamente arcaizante y que parece una continuación de la antigua cultura de las cuevas del neolítico y eneolítico. Esta persistencia de una cultura a través de tanto tiempo, cosa que continúa en alguna de dichas comarcas todavía durante los primeros siglos de la segunda Edad del Hierro (siglo V-IV), es sumamente interesante porque nos permite sospechar que en las regiones todavía más montañosas y más propias para tales aislamientos de pueblos y para la persistencia de sus civilizaciones debieron encontrarse fenómenos semejantes.

Desgraciadamente en el S. de Cataluña no hay datos para la primera Edad del Hierro y solo sabemos que a fines de la misma (siglo VI) vivían en las regiones de la costa las tribus ibéricas que entonces parecen haber realizado una expedición de conquista llegando a dominar hasta el Pirineo y traspasándolo hasta la Provenza, sin borrar del todo el carácter de las tribus del país: esto es lo que nos dice el antiguo Periplo, probablemente del siglo VI, como ha demostrado Schulten, que se ha conservado en el poema «Ora maritima» de Avieno y, a fines del mismo siglo, Hecateo confirma expresamente que algunas de las tribus del S. de Francia no son ibéricas. De Celtas no se habla y en la arqueología de la segunda Edad del Hierro de la costa catalana tampoco se encuentran más rastros de ellos: es probable que los Celtas de la primera Edad del Hierro constituyeran grupos que solo dominaron el país sin llegar a desnaturalizar su población, por lo que, al ser sustituido su dominio por el ibérico, no dejaron rastro en la tradición por lo menos en la que recogieron por los griegos del siglo VI.

Pero, a pesar de la falta de datos arqueológicos de la primera Edad del Hierro en el S. de Cataluña y con ello en toda la costa oriental de la península, puede sospecharse que tales pueblos ibéricos se extendían desde mucho tiempo antes por toda la costa hasta Almería, en donde, de la primera parte de la primera Edad del Hierro, se encuentra un grupo de necrópolis con tipos de vasos que sin ser los hallstáticos típicos de las necrópolis que suponemos célticas

de Cataluña, parecen ser el producto de una lejana inocencia de ellos, lo que se comprende si a lo largo de toda la costa de E. de la península desde el S. de Cataluña vive un pueblo homogéneo. En realidad esto parece recibir una cierta confirmación con el hecho de que, en la segunda Edad del Hierro, perduran ciertos tipos de influencia hallstättica en la civilización ibérica del Bajo Aragón y de Valencia, que sabemos ocupados por las mismas tribus ibéricas que ya mencionan el Periplo y Hecateo en el siglo VI. Por otra parte tal cultura ibérica parece ser, paralelamente a lo observado en la montaña de Cataluña, la continuación en cierto modo de la cultura del país del eneolítico, continuando en ella tipos de cerámica y decoraciones de la misma y aun formas de sepultura que tienen sus precedentes en la antigua cultura de Almería del eneolítico, la cual por otra parte coincide en sus límites por Valencia, el Rajo Aragón y Cataluña con la ibérica del principio de la segunda Edad del Hierro. Tal arcaísmo, junto con esta coincidencia de límites, obliga a suponer que las gentes de la antigua cultura de Almería eran los antecesores de las tribus ibéricas de la costa del E. de España que desarrollaron tal cultura arcaizante.

Del resto de la península sabemos muy poco. Del principio de la primera Edad del Hierro sólo que en Andalucía, en el valle del Guadalquivir, existían los Tartesios que tuvieron desde muy pronto (antes de 1000 a. de J. C.) relaciones con los Fenicios, quienes probablemente los tuvieron hasta cierto punto bajo su dominación hasta que la decadencia de los fenicios iniciada con las conquistas asirias (época de los Sargónidas en el siglo VIII) dejó de nuevo en libertad a los tartesios que muy pronto comenzaron a relacionarse con los jonios, los cuales ya antes de la fundación de Massalia, en el siglo VII, comerciaron en las costas andaluzas, teniendo allí en tiempo del Periplo (siglo VI) la colonia de Ménaca cerca de Vélez Málaga. En tiempo del Periplo conocemos detalladamente la etnología del S. de España y entonces sabemos que los pueblos que se agrupan con los tartesios, de la misma naturaleza o dominados por ellos, llegan hasta la provincia de Alicante, comenzando en la zona montañosa de su parte septentrional los iberos propiamente dichos. (Fig. 8)

Los tartesios se agruparon luego con los iberos propiamente dichos formando un solo pueblo y por muchos no se han distinguido; en realidad no hay ningún fundamento para creer que los griegos los identificasen hasta avanzado el siglo V, puesto que todavía Herodoto los nombra separadamente. Parece que, aunque fueron

la provincia de Alicante) aparte de otras factoría: que existían en la costa del SE.

Tal cultura comienza muy pronto a influir en los territorios en donde vivían las tribus-ibéricas propiamente dichas y en el siglo IV puede decirse que una misma civilización se extendía por los territorios ocupados por tales pueblos en todo el E. y S. de España y en el mediodía de Francia. (Fig. 8) Sólo los movimientos de pueblos que comienzan a fines del siglo IV y que culminan en el III, hacen decaer tal cultura en el S. y SE. de España (acelerando tal decadencia la dominación cartaginesa) y en el S. de Francia (los movimien-

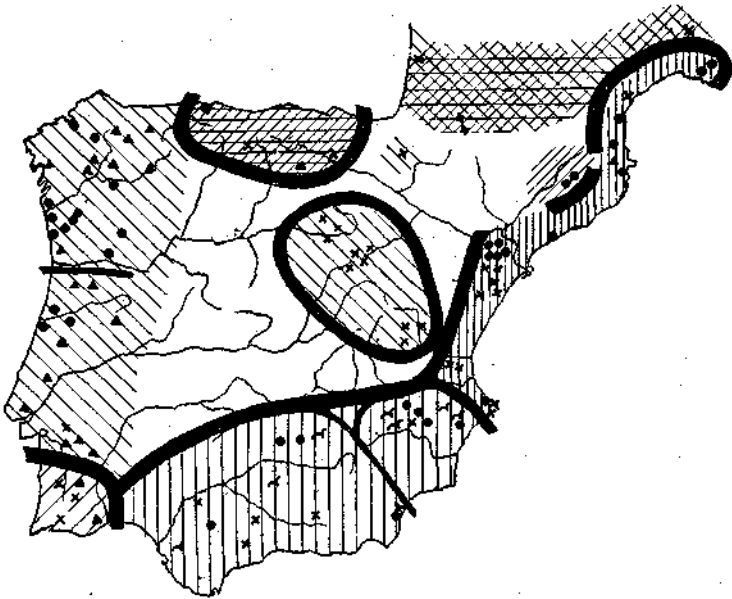


Fig. 8. La península durante los siglos V-IV según la Arqueología.

(Rayado vertical: pueblos ibéricos; rayado oblicuo de izquierda a derecha: pueblos célticos; otros rayados: pueblos pre-ibéricos y pre-célticos).

tos galos), mientras que en los demás territorios no sólo continúa la cultura ibérica, sino que alcanza entonces su apogeo, desde el punto de vista local: tal es el caso de la llanura de Urgel en Cataluña y de Aragón. Entonces también comienza la civilización ibérica a penetrar en el Centro de España, en donde hasta entonces la arqueología por una parte y los textos por otra, concordando, acusan la presencia de pueblos no ibéricos (figs. 7 y 8): los celtas que, al

mezclarse con los iberos entrados allí en siglo III, dan lugar al pueblo llamado celtíbero.

B) El Centro y el Oeste de la península desde fines de la primera Edad del Hierro hasta el siglo III.— Los Celtas (1) (figs. 7 y 8).

Antes del siglo VI no se conoce nada en el resto de la península, incluso en todo el N. Los hallazgos comienzan de nuevo con el final de la primera Edad del Hierro, o sea con el siglo VI, época de la que son los puñales de herradura de bronce (los llamados “Hufeisen-dolche”) propios del fin de la civilización hallstática propiamente dicha. Su distribución geográfica por el NW. de la península y por la Meseta castellana (hallazgo de Aguilar de Anguita en la prov. de Guadalajara), completada con la losa grabada de Extremadura en la que aparecen también dichos puñales de antenas, parece comprobar la existencia de los Celtas en la península ya en el siglo VI, puesto que, contemporáneamente con tales hallazgos, el Periplo cita en España una tribu indudablemente céltica por su nombre: la de los Beribraces que ocupaba la montaña al W. de la provincia de Valencia y que lógicamente debió ser la avanzada de pueblos análogos establecidos a lo largo de la cordillera Ibérica hasta la provincia de Guadalajara, en donde hay el hallazgo citado; por otra parte se citan en Portugal dos tribus, que si por su nombre podrían ofrecer dudas en cuanto a su filiación, pues el de una de ellas (los Sefes) ha sido interpretado como una deformación acaso de un nombre griego y el de la otra (Cempsos) aunque puede ser céltico no lo es de una manera incontestable, ocupan, sin que sea posible admitir en tan corto espacio de tiempo cambios de población, el territorio que durante la segunda Edad del Hierro es indudablemente céltico, hablando además Herodoto (primera mitad del siglo V), siguiendo seguramente a Hecateo (fin del siglo VI), de los Celtas como pueblo extremo de la península en el mismo territorio en donde el Periplo cita a los Cempsos. Parece que en la época del Periplo no se tenía todavía noción de la filiación exacta de las tribus en cuestión por lo que se limitó a citarlas con su nombre sin agruparlas con nadie; mientras que en la época de Hecateo el progreso de la etnología jónica había permitido ya incorporarlos al grupo de pue-

(1) Además de Etnología pen. ver nuestro trabajo: Los celtas y la civilización céltica en la península ibérica (Boletín de la Sociedad española de extorsiones, IV trimestre de 1921).

blos célticos, que entonces constituyen una de las preocupaciones de los geógrafos griegos.

Por todo ello debe considerarse que los Celtas son los representantes de la cultura de los puñales de antenas del siglo VI del NW. y Centro de la península, cultura que se compagina muy bien con la extensión por el S. de Francia de la civilización de Hallstatt que tiene sus bases principales en el Rhin y que en Francia representa con toda seguridad la civilización de los primeros grandes movimientos célticos. Así, hoy podemos reconstruir los movimientos célticos en la península, como hemos tratado de hacer en otros lugares, como constando de dos etapas: la principal que dió por resultado la celtización de todo el Occidente y el Centro de la península en el siglo VI, en relación con la propagación de los puñales de herradura y un movimiento anterior menos importante, que tuvo lugar a principios de la misma primera Edad del Hierro (hacia el siglo IX a. de J. C.) y que sólo dió por resultado la ocupación de la costa catalana.

Todo ello se ve más claro cuando se observa la civilización de la Meseta y del Occidente de la Península (Portugal y Galicia) en la segunda Edad del Hierro, mejor dicho durante sus primeros períodos (hasta el siglo III). Entonces allí florece una cultura que hemos llamado post-hallstática, porque es posterior a la civilización de Hallstatt propiamente dicha y porque a la vez representa una ulterior evolución suya cuando en su patria originaria y en el N. de Francia ya se había transformado hasta convertirse en la llamada de La Tène. De la civilización post-hallstática es típica la continuación de la evaluación de los puñales de herradura en los llamados puñales de antenas degeneradas, la cual se prosigue a través de todos los grados tipológicos hasta el siglo III, así como otros objetos, particularmente los broches de cinturón y otros de bronce, igualmente que la cerámica, en los que se reconocen más o menos transformador los prototipos antiguos de la verdadera cultura de Hallstatt.

Tal cultura post-hallstática coincide en sus límites con los de los pueblos célticos de la península (figs. 7 y 8) y así, en la región de los Beribrases, en la segunda Edad del Hierro llegan las necrópolis con material posthallstático típico hasta la provincia de Cuenca, teniendo su principal foco en las provincias de Soria y Guadalajara, mientras que en la zona de la costa, así como en el Bajo Aragón, se halla la distinta cultura ibérica. En Portugal la delimitación de la cultura post-hallstática ofrece hechos curiosos que concuerdan con los límites de los pueblos célticos: desde el nivel del río Sado en el S. de

Portugal, en donde el Periplo en el siglo VI ponía el linde entre Cempsos (los Celtas habitantes de la región central de Portugal) y Cinetas (los habitantes al parecer pre-célticos y pre-ibéricos del S., en particular del Algarve), se halla una civilización muy pobre y todavía mal conocida pero que ya parece algo distinto de la civilización posthallstática portuguesa (la llamada cultura de los castros), en realidad la misma cultura post-hallstática del Centro de España con algunas variantes locales conocida principalmente por los poblados o castros, civilización de la que se encuentran las últimas estaciones tocando al mencionado río Sado (la necrópolis de Alcacer do Sal). (Figs. 7 y 8).

C) La iberización de la Meseta en el siglo III a. de J. C. (1)
(Fig. 9 y 12).

La existencia de la civilización post-hallstática del Centro y W. de la península debida a pueblos célticos, en fuerte contraste con la cultura del S. y del SE. de España (pueblos del grupo de los tartesios) por una parte y por otra con la de los iberos en sentido estricto de Valencia, el Bajo Aragón y Cataluña, es de suma importancia para deducciones etnológicas.

Al aparecer dicha cultura sustituida bruscamente en el siglo III por una civilización netamente ibérica en Castilla precisamente (Numancia) se comprueba la hipótesis de Schulten, formada a base de las noticias de los textos, de que la Meseta tan sólo fué iberizada entonces y que el primero de los ocupantes es allí el pueblo celta, mientras que los iberos representados últimos dominadores, con lo que el pueblo celtibero, resultante de la mezcla de ambos, no es un pueblo ibérico indígena dominado por unos conquistadores célticos, sino lo contrario, a saber: un pueblo céltico conquistado por los Iberos en fecha tardía.

Esta hipótesis la formuló Schulten a propósito de su estudio de los textos acerca de la península en general, como preliminar para el estudio de los problemas de Numancia y, aunque Schulten en 1914 no vió que la arqueología la confirmaba de un modo patente interpretando las necrópolis post-hallstáticas castellanas como celtibéricas (siguiendo al Marqués de Cerralbo y a Déchelette) y no fijándose en que por su cronología que entonces no era del todo clara

(1) Ver nuestro trabajo citado sobre los Celtas y Etnología pen · Además Schulten, Numantia, Ergebniss der Angrabungen, I (Munich 1914) ·

daban un terminus post-quem para la iberización de la Meseta, a través de las noticias de los geógrafos e historiadores pudo intentar la reconstrucción de los movimientos de los pueblos del Centro de España. Schulten comprobó que mientras los textos más antiguos, el Periplo y Herodoto (a través de Hecateo), hablan claramente de Celtas detrás de los Iberos en el interior y en el Oeste de la península, siguiendo los autores que poco antes del 250 todavía hablan de los Celtas en la Meseta a la que se llama la Céltica (Aristóteles el último), a partir de mediados del siglo III aparece por primera vez el nombre de los Celtiberos en el Centro de España y al propio tiempo se aplica a la península por primera vez el nombre de Iberia comonombre de conjunto: esto último se debe según parece a Timeo, conservándose sus noticias a través de Eratóstenes. A partir de entonces todos citan los Celtiberos y en el interior de España aparecen las tribus ibéricas que luego conocen los romanos, así como han desaparecido por completo los antiguos Beribraces y las demás tribus célticas, existiendo sólo restos célticos acá y allá en lugares en que claramente se ve que se conservan en calidad de pueblo arrinconado: tal es el caso de los Celtici de Portugal, que se hallan en el extremo N. continuándose por Galicia, así como en el S., separándolos los Lusitanos de carácter ibérico, y en el extremo NE. de la Meseta los Berones. Schulten, en vista de las analogías de los Lusitanos con los Celtiberos, así como de sus relaciones en tiempo. de Viriato y en los de la guerra de Numancia, que fueron más íntimas que las de los demás pueblos Ibéricos con ellos, creyó ya entonces que los Lusitanos debieron pertenecer al grupo de pueblos de los Celtiberos y que la iberización de Portugal debió haber tenido su base en la Meseta superior, así como la de la Meseta superior la tuvo en el Ebro.

Nosotros por nuestra parte, desde 1915 (1) comenzamos a ver comprobados estos hechos también por la arqueología. Observamos ante todo que el florecimiento de la cultura ibérica en el Ebro parecía no ser anterior al siglo III, cosa que ha resultado plenamente confirmada por las excavaciones del Bajo Aragón y por lo que hoy sabemos de Valencia y de los territorios emparentados de Cataluña, en donde sólo en el siglo III llega a florecer plenamente la cultura ibérica de tipo análogo al de la cultura ibérica del SE. Luego vimos que los comienzos de la cultura ibérica de Numancia (en 1915 se hizo

(1) Bosch: El problema de la cerámica ibérica (Memorias de la Comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas, Madrid, 1915).

sólo por tanteo) debían suponerse hacia el siglo III, a causa del aspecto homogéneo de los hallazgos de cerámica ibérica de Numancia y por la pobreza de los elementos ibéricos (cerámica pintada) que se encontraban en algunas de las necrópolis posthallstáticas y que parecían acusar el principio de una infiltración de elementos culturales del Ebro. Más adelante, con el estudio más minucioso de la cronología y de la filiación de la cultura post-hallstática se vió claramente que las necrópolis en que aparece dicha cultura llegan hasta avanzado el siglo III, pasando algunos de los tipos de armas, fibulas y aun de la cerámica a Numancia que, así, recoge la herencia de dicha cultura post-hallstática lo mismo que continúa la cultura ibérica del Ebro,

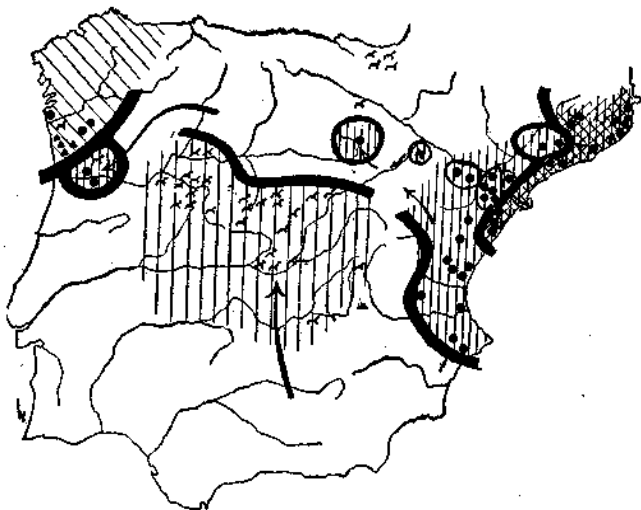


Fig. 9. La península en los siglos III-II según la Arqueología.

(Rayado vertical: pueblos ibéricos; rayado oblicuo: pueblos célticos; rayado cruzado: pueblos mezclados).

muy transformada. Hoy el considerar las necrópolis post-hallstáticas como el terminus post-quem de Numancia y con ello de la entrada de los Iberos en la Meseta parece algo definitivamente adquirido, así como la hipótesis de Schuffen se completa con indicios arqueológicos en cuanto a la Meseta inferior que parece iberizada, no por gentes del Ebro y por lo tanto por los antiguos iberos en sentido estricto, sino desde Andalucía y el SE. y por lo tanto por pueblos del grupo tartesio. Así se explica el diverso carácter y aun el antagonismo que tuvieron las tribus de ambas Mesetas.

Además hoy reconocemos plenamente que con la iberización de la Meseta superior no quedaron aniquilados ni mucho menos los elementos célticos. En realidad tuvo lugar un dominio militar y político de los Iberos sobre los celtas, pero la gran masa del pueblo céltico anterior debió continuar subsistiendo y la mezcla que suponían las teorías clásicas acerca de los Celtíberos debió ser real, sólo que conforme con lo supuesto por Schulten el elemento nuevo y el aglutinante al mismo tiempo del pueblo celtibérico fueron los recién llegados Iberos. Que tal mezcla existió y que en ella los Celtas conservaron un papel importante lo indican, además de los elementos célticos que la arqueología descubre en la cultura de Numancia, los nombres célticos de generales celtibéricos (Retógenes, Ambon, Leucon) y aun el mismo nombre de algunas tribus celtibéricas que en realidad parecen ser nombres netamente célticos: así la tribu de Numancia, la de los Arevacos está formada por el sufijo *are-*céltico (1). Como siempre tratándose de invasiones sobre regiones que estaban pobladas con una cierta densidad, los nuevos conquistadores dan nombre al pueblo y aun al territorio, pero no constituyen la mayoría del pueblo ni hacen desaparecer los anteriores habitantes, los cuales con un nombre étnico distinto y perdiendo su personalidad como pueblo, siguen existiendo en los mismos lugares de antes. Es el caso de los romanos, de los visigodos y de los árabes en España y de los francos en Francia, pudiéndose multiplicar los ejemplos.

Con todo ello resulta que el elemento ibérico en la Meseta es relativamente poco denso y reciente, lo cual significa que desde el N. de la Meseta poco pudo influir en pueblos situados en regiones más extremas del N. de la península. En el Ebro, en cambio, parece el elemento ibérico, más antiguo, sobre todo en el Ebro aragonés y catalán: desde el Bajo Aragón hasta el mar los Iberos debieron estar allí establecidos ya en el eneolítico (pueblo de la cultura de Almería). El problema queda, sin embargo, en pie para el alto Ebro, del que carecemos de datos: ¿hasta donde llegaban los Iberos en el eneolítico? ¿se corrieron? hacia el N. tan sólo en la época ibérica propiamente dicha o sea después de la invasión céltica y más propiamente hablando en el siglo III, cuando la iberización de la Meseta? Faltan datos para resolver estas cuestiones de manera satisfactoria, pero en todo caso pa-

(1) Kuno Meyer: Zur keltischen Wortkunde. IX (Sitzungsberichte der preussischen Akademie der Wissenschaften, Berlin, 1919, pág. 374 y sig.) especialmente pág. 377.

rece muy raro que si hubiese sucedido lo primero no encontrásemos en el N. de España restos de una cultura emparentada con la ibérica del Rajo Aragón en la época en que ésta era todavía una cultura relativamente primitiva llena de resabios arcaizantes de las antiguas civilizaciones del eneolítico: los pocos hallazgos que tenemos del N. de España, precisamente procedentes del alto Ebro y de las comarcas próximas a su nacimiento parecen acusar una naturaleza no ibérica. Y si hay en el N. de España en época tardía elementos ibéricos (los Cántabros) parecen no tener nada que ver con los demás pueblos ibéricos de la Meseta ni del valle más meridional del Ebro

III.— EL NORTE DE LA PENINSULA DURANTE EL PRIMER MILENIO A. DE J. C.

A) La primera Edad del Hierro.

De la primera Edad del Hierro no conocemos en el N. de la península casi nada. Desde luego los primeros siglos son absolutamente desconocidos. Sólo del momento final, del siglo VI, se tienen algunas noticias aprovechables. Del país vasco y regiones vecinas no se conocen hallazgos. Únicamente de la parte occidental de Asturias se conocen algunos: el puñal de herradura de Tineo (3) y si perteneciesen todavía a la primera Edad del Hierro, cosa no del todo segura, las diademas de oro repujadas de Ribadeo (2).

En el siglo VI tuvo lugar el movimiento de los Celtas a los que se deben los puñales de herradura citados. El de Tineo puede explicarse sin dificultad por tratarse de la región de Asturias fronteriza de Galicia, por lo cual puede tratarse tanto de un corrimiento de los Celtas de Galicia por el territorio limítrofe, como de la penetración del tipo en la zona. vecina, aun sin que ello pruebe la extensión del pueblo que lo introdujo. De análoga manera puede explicarse el hecho de las diademas de Ribadeo.

(1) Bosch, *Los Celtas*, pag. 261.

(2) Cartailhac: *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (Paris, 1886), lám. aparte. En esta publicación se supone la diadema de Cáceres como en toda la Bibliografía antigua. Se trata de hallazgos hechos en Ribadeo (Asturias). Se encuentran actualmente en el Louvre en París.

B) Las noticias del Periplo recogido en la Ora marítima de Avieno.

El Periplo contenido en la Ora marítima de Avieno dá algunas noticias de la zona N., aun sin precisar demasiado, al parecer porque los navegantes hacía la Bretaña en busca del estaño pasaban por las aguar cantábricas sin detenerse. Así sólo les interesaba conocer los principales accidentes geográficos que debían servirles de orientación para sus derroteros. Después de describir la costa francesa se habla del golfo de Gascuña, en el que comenzaba un camino que a través de la llanura del S. de Francia unía el Atlántico con el Mediterráneo. La situación de tal camino es imprecisable, aunque lo lógico es que siguiera en su comienzo el curso del Garona, desde Burdeos, para seguir luego por la línea Toulouse, Carcasona, Narbona, que ha sido siempre la principal vía de comunicación del S. de Francia. El camino en cuestión cae pues al parecer fuera del país vasco. De éste cita el Periplo el cabo de Venus, rebautizado con un nombre clásico como otros de los cabos que cita el Periplo, y que para Schulten es el cabo occidental de los Pirineos (Cabo Higuier), junto al cual el texto cita dos islas que dice «deshabitadas por su pequeñez» y que en opinión de Schulten son los islotes «Les Briquets» y Amuiz. El nombre religioso del cabo (que en el Periplo sería naturalmente el nombre griego de Afrodita, latinizado en Venus por Avieno) puede proceder de algún culto indígena imposible de reconocer, cosa frecuente en los promontorios y de lo cual se encuentran otros ejemplos en el Periplo.

Desde dicho cabo hasta el Cabo Aruio (Ortegal) (en el texto de la Ora Maritima: Promunturium Aryum, nombre que. Schulten cree corrupción de Arubium, por el indicio de la tribu céltica de los Arubios, lo que seguiría confirmando la existencia de Celtas en Galicia ya en el siglo VI) el Periplo no cita absolutamente ningún otro accidente geográfico. Sólo más adelante cuando el autor se sitúa en la desembocadura del Sado, en Portugal habla de los pueblos que viven en los territorios que deja atrás y que son los Cempsos, los Sefes y los Draganos. Los Cempsos y los Sefes son pueblos de la costa occidental de la península: en otros lugares hemos tratado de demostrar que ocuparían, el primero, desde el Sado hasta las montañas al N. del Mondego y el segundo la provincia portuguesa del Minho y Galicia, sin que ello sea obstáculo para que pudiesen existir

otras tribus parciales. En cuanto a los Draganos, como el Periplo dice de ellos

*propter hos (los Sefes) pernix Ligus
Draganumaque proles sub nivoso maxime
septentrione conlocaverant larem,*

Schulten en un principio interpretó a los Draganos como habitantes del S. de Francia próximos al país vasco y creyó que los Ligures de que se habla en el texto de la hora marítima eran los habitantes de todo el N. de la península. En relación con su teoría acerca de la etnología peninsular en la que se creen a los Ligures los habitantes primitivos de España arrinconados por los Celtas y por los Iberos, los Ligures del N. de España, entre los que se incluían a los vascos (a causa de los supuestos elementos ligures de la lengua vasca), eran considerados restos de dicho pueblo primitivo que ocupara toda la península.

En los comentarios al pasaje en cuestión en el primer fascículo de "Fontes Hispania? antiquæ" Schulten da la siguiente interpretación: «Pernix Ligus Draganumque proles debe entenderse como siendo los Draganos una tribu del pueblo ligur.... Los Draganos, como que se dice que viven al N. de los Cempsos y de los Sefes, parecen deber situarse en la parte septentrional de Hispania, que después fué habitada por los Calaicos, los Cántabros y los Astures». Con ello parece que queda descartado el país vasco. En realidad creemos nosotros que se puede precisar algo más la interpretación del pasaje. Admitiendo la interpretación de Draganos como una tribu de un pueblo que en opinión del autor del Periplo fuese el Ligur (lo cual constituye un problema aparte que en otro lugar del presente trabajo se discutirá), cosa que se apoya en razones de carácter filológico plausible (compárese con Suevi et Germani y otros casos análogos), el texto es lo suficientemente explícito para obtener una localización más aproximada: el deber ocupar los Draganos un paraje muy septentrional, en todo caso más al S. de Francia, en donde se habían citado otros pueblos en la Bretaña y deber ser tal paraje nivoso parece que indica que el sitio de los Draganos es Asturias por los Picos de Europa (fig. 7); puesto que es lógico que al pasar los navegantes bordeando la costa de Asturias y fijarse en los

(I) Fontes Hispaniae antiquae I. Para la interpretación, en la que en algunos puntos nos apartamos de la de Schulten, ver, además de los comentarios de Schulten en Fontes Hisp. ant., nuestra Etnología pen.

Picos de Europa nevados y visibles desde el mar, además el único paisaje con nieves próximo a la costa en el N. de España, llamasen dichos montes su atención de manera que, al informarse de los pueblos que vivían en las costas occidentales de la península, acabasen su enumeración con sus vecinos del extremo septentrión nevado. Los Draganos pues no parece que tengan nada que ver con el país vasco.

C) El paso de los Celtas.

Ocurre en este lugar el problema de si los movimientos célticos que ocuparon la Meseta y todo el occidente de la península tocaron el país vasco (1). Restos arqueológicos en la parte montañosa del país vasco no existe ninguno de la primera ni de la segunda Edad del Hierro; sólo en Navarra (Echauri) se encontró una necrópolis con cultura post-hallstattica de la que trataremos después (fig. 10). Los textos fallan también en este punto. Los nombres de lugar célticos, con los que en el resto de la península se ha podido llegar a delimitar la extensión de la zona céltica tampoco nos sirven en el caso del país vasco, porque los pocos que se han comprobado son seguramente de época posterior. Parece natural, desde un punto de vista geográfico, que los Celtas al entrar en la península, habiendo ido aparar a la Meseta y teniendo en cuenta lo sucedido en otras tentativas de invasión, debieron encontrar el camino más apropiado por Roncesvalles y de allí hacia Pamplona a buscar los pasos de la Rioja, hacia Pancorbo y la cuenca del Duero. Desde Pancorbo comienzan a encontrarse ya nombres célticos de lugar (por ejemplo Deobriga), mientras que al E. de Pancorbo no existen. En realidad la parte montañosa del país vasco no se presta para ser cruzada por movimientos de pueblos por su complicación de valles que permiten las relaciones pacíficas, pero que difícilmente sirven de paso para movimientos de ejércitos, a pesar de la facilidad de parar los puertos. Pero en el trecho desde Roncesvalles a la Rioja los Celtas no es probable que se detuviesen mucho ni que dejaran elementos de población considerables. De lo contrario no se habría perdido todo rastro de su paso por allí y hubieran quedado por lo menos nombres de lugar.

D) Los hallazgos de la segunda Edad del Hierro.

El único hallazgo del país vasco propiamente dicho en la Edad

(1) Bosch, Los celtas, etc.

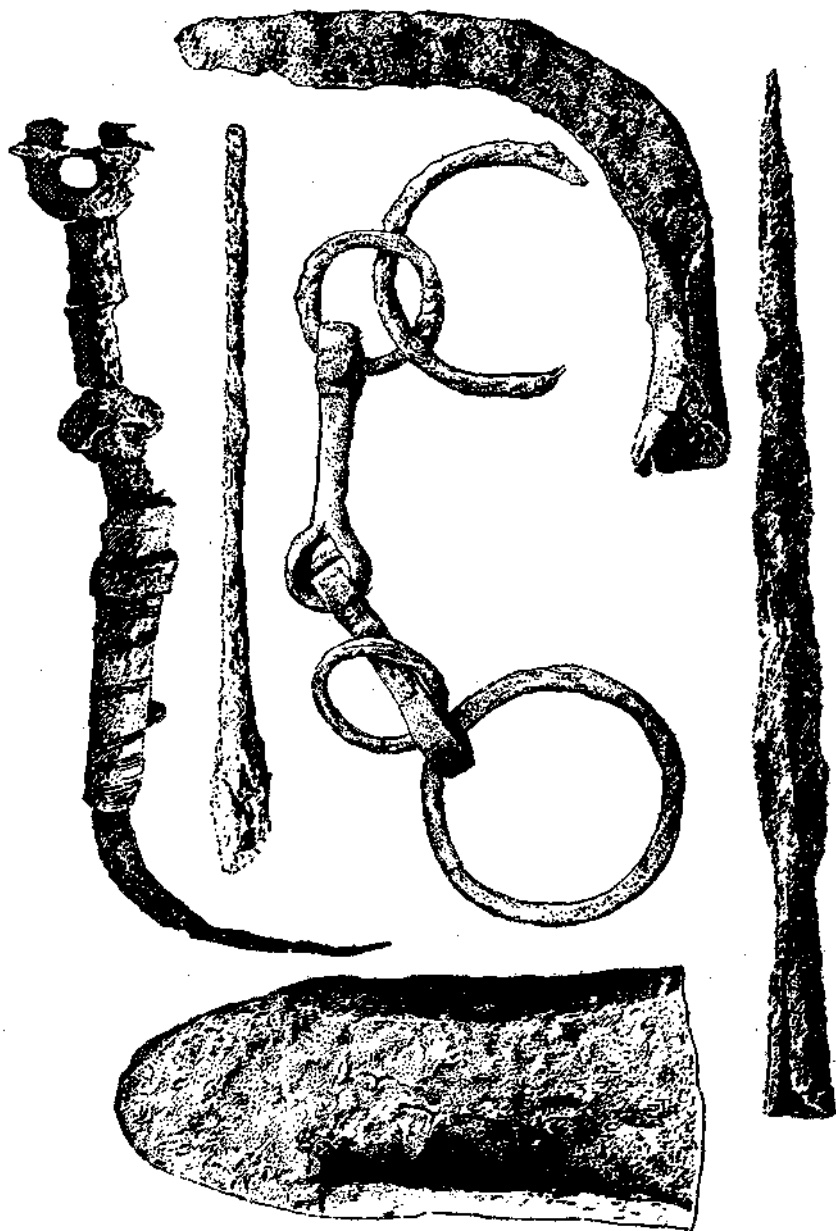


Fig. 10. Hallazgos de Echauri (Museo de Pamplona) (½ apr).

del Hierro, pertenece a su segunda mitad y hay que considerarlo del siglo IV, por lo tanto de mucho después del paso de los Celtas: es la posible necrópolis de Echauri en Navarra (1). De los hallazgos, que se guardan en el Museo de Pamplona (fig. 10), desgraciadamente no se tiene noticia detallada de la manera como fueron encontrados, pero el consistir en una cantidad importante de hierro, propios para constituir el ajuar de sepulturas hace sospechar que en aquel lugar debió existir una necrópolis. Entre los objetos en cuestión hay varias hojas de espada, una de ellas de antenas degeneradas (transformación en la segunda Edad del Hierro del puñal de herradura hallstático) y del tipo que hemos llamado B en otro lugar, por lo cual se puede fechar el grupo de hallazgos en el siglo IV, al que corresponde el tipo. Además hay puntas de lanza, pilums, hoces, bocados de caballo y rejas de arado. La mezcla de armas y de apero; de labranza, parece indicar que se trata de los restos de un pueblo establecido de modo permanente en el país, por lo que, si se tiene en cuenta que tales tipos posthallstáticos corresponden en el Centro de España a pueblos célticos, podría acaso sospecharse que de los movimientos célticos del siglo VI quedaría un resto en el camino, que con el tiempo se absorbería por la población indígena; pero teniendo en cuenta que la civilización post-hallstática influyó fuertemente aún en los territorios no célticos, sobre todo en aquellos en donde no hubo una cultura propia floreciente (aparte de aquellos en donde la civilización indígena fué influida por tipos sueltos como el Bajo Aragón y Valencia), por ejemplo en el grupo del N. de España de que nos ocuparemos en seguida y en el S. de Francia (cultura de Avezac-Prat), también podría representar la necrópolis de Echauri la civilización de los indígenas que habían sido influidos fuertemente por los celtas en cuanto a la adopción de los tipos de armas.

Así como en Echauri la posibilidad de que el parecido de los hallazgos indique sólo una influencia es solo una hipótesis, en un grupo de hallazgos de la zona cantábrica y del borde N. de la Meseta podemos con seguridad admitir que no se trata de Celtas, sino sólo de una civilización post-hallstática desarrollada por un pueblo indígena que ha reflejado su distinta manera de ser en las armas. Tal grupo de hallazgos lo constituyen el castro de Caravia (2) en la parte

(1) Bosch: Los celtas, etc., con lám.

(2) A. de Llano: El libro de Caravia (Oviedo, 1919).

oriental de Asturias, la necrópolis de Alar del Rey (1) y el posible sepulcro de Miraveche (2) en la Prov. de Burgos, así como algunos otros hallazgos sueltos de cierres de cinturón de bronce del valle de la Bureba (Burgos) (3).

El castro de Caravia ha ofrecido cerámica a mano con decoración; estampadas (circulitos concéntricos) e incisas análogas a las de los caytros de Galicia y Portugal y de las necrópolis de Castilla, fibulas de botón post-hallstáticas con el apéndice del pié muy próximo al arco, lo cual supone que pertenecen al siglo IV y una hoja de puñal terminada en una espiga, como las de Alar del Rey y de Miraveche.

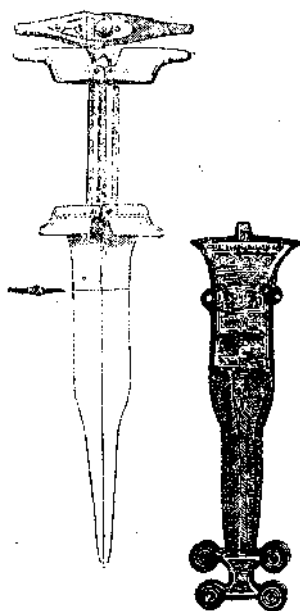


Fig. 11. Espada corta y vaina con incrustaciones de plata de Alar del Rey (Burgos) (Museo Comillas). ($\frac{1}{4}$ apr.)

En el sepulcro de Miraveche (norte de la provincia de Burgos) se encontró un puñal como el mencionado de Caravia, también sin la empuñadura (que conocemos por los hallazgos de Alar del

(1) Cabré: Acrópolis y necrópolis cántabra de los Celtas berones del Monte Bernorio en Alar del Rey (Publ. de la Soc. española de amigos del arte, Madrid, 1920).

(2) Cabré: Sepultura de un guerrero ibérico de Miraveche (El Arte España, 1916).

(3) Cabré: Acrópolis y necrópolis.... del Monte Bernorio.

Rey: fig. 11), pero con la vaina (también análoga alas de Alar del Rey) con la contera adornada con cuatro discos, además de una placa de cinturón plana de un tipo (el llamado por nosotros b de la serie A) que en las necrópolis castellanas pertenece ya a fines del siglo IV o principios del III.

La necrópolis del Monte Bernorio en Alar del Rey (Burgos) ha proporcionado una interesante colección de espadas y otros objetos que se guardan en el Museo de Comillas, consistentes principalmente en puñales del tipo de Miraveche y Caravia sin empuñadura maciza y con la hoja terminada en una espiga para introducir en el puño (fig. 11). Abundan las vainas que son de hierro y suelen tener incrustaciones de plata, terminando en una contera con cuatro discos, forma que en el centro de España no se encuentra. A veces se ha conservado el pomo de hierro que se aplicaría a la empuñadura de madera o hueso en la que se introduciría la espiga en que terminan las hojas de puñal: tal pomo es plano y no tienen las bolas, degeneración de las antenas posthallstätticas. Por fin, aparte de puntas de lanza, hay placas de cinturón (del tipo llamado f de la serie A) y fibulas posthallstätticas con el pie continuado en un apéndice que termina en un botón.

Del Valle de la Bureba se conocen algunas placas de cinturón del mismo tipo f de la serie A de los cinturones posthallstätticos, como en Alar del Rey.

Desgraciadamente tales hallazgos son muy pocos y aunque se tiene noticia de la existencia de más castros en Santander y en Asturias no es posible, por falta de excavaciones metódicas de los mismos, deducir nada de ellos. De todos modos puede afirmarse que el grupo señalado representa un tipo de población de cultura fuertemente influida por la post-hallstättica de los Celtas del Centro de España, pero que de ninguna manera hay que confundir con ellos. Por lo tanto, no existiendo otros indicios de Celtas en tal territorio (en el caso del nombre compuesto con un sufijo céltico de Juliobriga sabemos con seguridad que es de la época romana y por lo tanto no es aprovechable para el estudio de los Celtas en épocas anteriores), debemos considerar tal grupo, de hallazgos como perteneciente a un pueblo indígena. En cuanto a la fecha de este grupo no hay duda que debe fijarse en el siglo IV a III por los tipos de cierres de cinturón, que se corresponde con los de las necrópolis castellanas de la época.

Estos son los últimos hallazgos de fecha segura y anteriores a época romana, tanto en el país vasco como en los vecinos. Solo podría

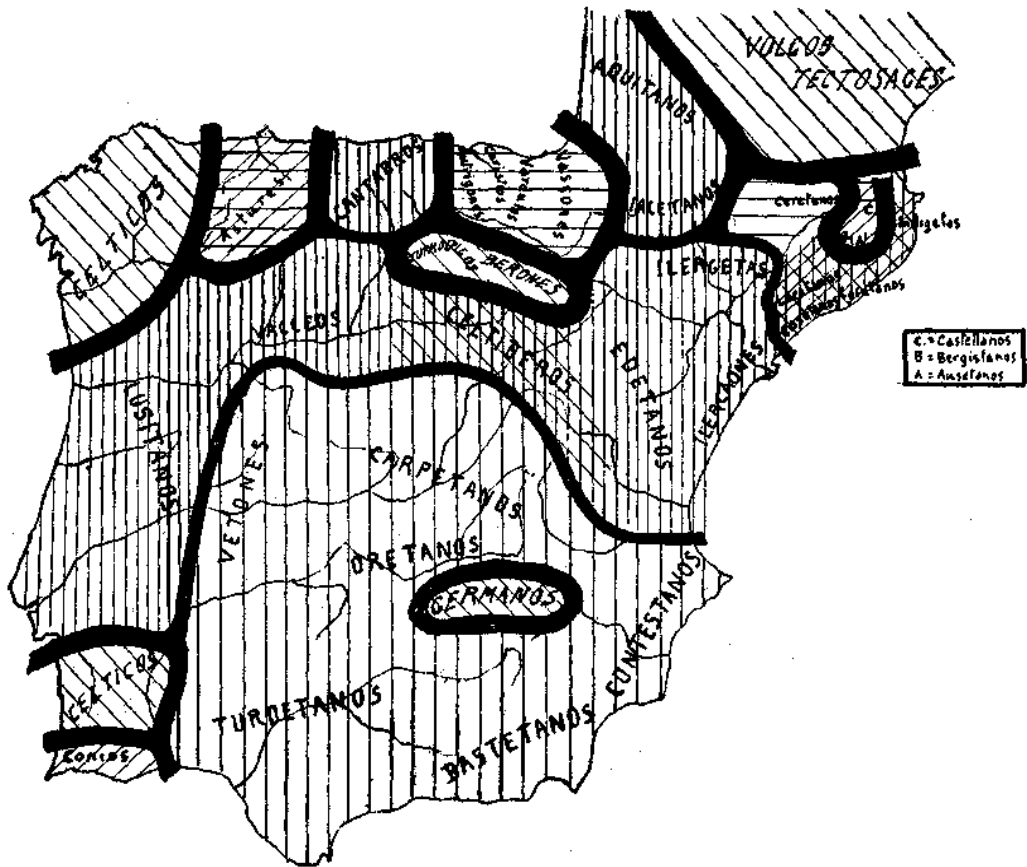


Fig. 12. La península durante los siglos III a II a. de J. C. y siguientes. (Rayados verticales: pueblos ibéricos; rayado oblicuo de izquierda a derecha: pueblos célticos; rayados oblicuos de derecha a izquierda y cruzado: pueblos pre-ibéricos y pre-célticos o mezclados; rayado horizontal: descendientes de los pirenaicos).

mencionarse en este lugar para intentar llenar el vacío el grupo de esculturas de animales (verracos) como la de Miqueldi (1). Pero es imposible fijarlo cronológicamente, puesto que el grupo vasco es de los que se aleja más de los prototipos del S. y SE. de España, representando un tipo todavía más degenerado que los verracos de las provincias de Avila, Segovia y Salamanca, que son los más próximos al país vasco de los conocidos hasta ahora: ello obliga a suspender todo juicio puesto que pueden ser muy, tardíos. Se ha supuesto además, con cierta razón, que algunos de tales verracos llegan a la época romana. Ello se confirmaría, si no hubiese sido introducida posteriormente, por la inscripción del verraco de Miqueldi.

La falta de hallazgos es completa durante toda la época en cuestión en los demás territorios pirenaicos el Alto Aragón y el N. de Cataluña.

Esta escasez de datos arqueológicos se compensa en parte, para la época inmediatamente anterior a la romana, con las noticias que dan algunos textos acerca de los pueblos que vivían en el N. de la península.

IV.—LA ETNOLOGIA DEL PAIS VASCO Y DEL N. DE LA PENINSULA DURANTE LA EPOCA ROMANA.

A) Las noticias de la época romana acerca de los pueblos del Norte de la península y particularmente sobre los del país vasco.

Sin que sea nuestro objeto estudiar detenidamente el problema de las noticias de las fuentes de la época romana acerca del país vasco, debemos ver sumariamente qué nos dicen acerca de sus pueblos para comparar el cuadro de pueblos que nos dan con los resultados de épocas anteriores (2). (Fig. 12).

(1) Sobre el problema de los verracos ver Bosch: *L'estat actual de la investigació de la cultura ibérica* (Anuari del Institut d'Estudis catalans, VI, 1915-20) con un mapa (reproducido en *Etnología pen.* y en el presente trabajo: fig. II). También ver nuestro artículo: *Las bichas y verracos ibéricos* (Hojas selectas, Barcelona, 1919, p. 8).

(2) Los textos referentes a los vascos y al país vasco se han reunido diferentes veces, en particular por el Padre Gabriel de Henao: *Averiguaciones de las Antigüedades de Cantabria* (Salamanca, 1689, reeditado en Tolosa, 1894) y por E. J. de Labayru: *Historia general el Señorío de Vizcaya* (Bilbao, 1893). Tomándolo de estas dos fuentes ofrece una transcripción de las principales el libro de G. de Balparda: *Historia crítica*

Parece que la primera vez que se habla de pueblos, que tienen relación con el país vasco es en la época de la sublevación de los Ilergetas (204 a. de J. C.) citándose los Vascones. Estos juegan también un cierto papel en las guerras de Sertorio en el Ebro y entonces sabemos que Calagurris (Calahorra) era de los Vascones.

Las noticias sueltas acerca de los pueblos del país vasco, desde luego referentes a su extensión por el valle del Ebro, a medida que se fortificaba el dominio romano en la península se hicieron más precisas y ello se debió sobre todo a la época de la guerra cántabra. Entonces es cuando se empieza a conocer más sistemáticamente la costa del N. de España, dándose por primera vez una idea completa de ella en Estrabón. Este autor cita las regiones del Norte de la península y resultan las siguientes: las de los Calaicos, Astures, Cántabros, Vascones, Lacetanos y Cerretanos. En realidad esto se corresponde también con las grandes unidades geográficas del Norte de la península. Sin embargo Estrabón deja ver claramente que éstos son los grandes grupos, pero habla de pueblos parciales, en realidad subdivisiones de aquéllos, entré los que cita a los Bardialos o Bardietas (probablemente los que se llaman Várdulos por otros) pertenecientes seguramente al grupo vascón.

A propósito de la guerra cántabra entramos en conocimiento también con los Autrigones, pueblo que ya el P. Florez (1) consideró acertadamente como perteneciente al grupo vascón y no cántabro como han querido muchos, sobre todo el P. Larramendi en el siglo XVIII y últimamente Balparda (2). Es decisivo para ello el hecho de que los Autrigones, lo propio que los lindantes con los Cantabros por el interior: los Turmódigos y los Berones eran hostigados por los cántabros y además la actitud amistosa que observaron los autrigones lo propio que los demás pueblos vascones para con los romanos, los cuales frecuentemente se sirvieron del país vasco y de la costa vasca como base de operaciones en la guerra cántabra.

El cuadro completo de pueblos del país vasco y tierras limítrofes lo obtenemos sobre todo con Ptolomeo, el cual permite localizar

de Vizcaya y de sus fueros I, (Madrid, 1922). Este libro que trata de las cuestiones históricas referentes al país vasco y en particular a Vizcaya incurre en el error frecuente en muchos autores, de los que el más célebre ha sido el Padre Larramendi, de englobar algunas de las tribus del país vasco con los Cántabros.

(1) P.. Enrique Florez: *La Cantabria* (preliminar al tomo XXIV de la *España Sagrada*, edición aparte de la Academia de la Historia (Madrid, 1877).

(2) Lugar citado.

bien los pueblos. Así después, por la costa de los Cántabros vienen los Autrigones (aproximadamente desde Santoña hasta la ría de Bilbao), los Caristios (desde la ría de Bilbao hasta la cuenca del Deva), los Várdulos, (desde el Deva hasta S. Sebastián) y los Vascones por la costa netamente pirenaica. En el interior los Autrigones limitan por el S. con los Berones (principalmente en la parte montañosa de la Rioja y en el final del sistema ibérico), los cuales tienen por vecinos occidentales los Turmódigos (en la Bureba y la alta provincia de Burgos) que cierran el territorio de los Cántabros por el S.) (1). Siguen por el interior los pueblos citados al tratar de la costa, extendiéndose por el Ebro sobre todo los Vascones, a cuyo territorio incorpora Tolomeo el de Jaca, que antes se suponía de los llamados Jacetanos.

Estas son las fuentes que hablan con claridad de las cosas pertenecientes al territorio vascón y que toman a los Vascones como el principal de sus pueblos incluyendo en cierto modo a los demás entre ellos. En algunos otros autores (Mela y Plinio) se tomó a veces a los Várdulos como representativos del grupo, por ejemplo cuando Mela dice: *tractu Cantabri et Varduli tenent*, suprimiendo a los demás. Plinio sin embargo cita también a los Vascones y Autrigones.

Ello parece indicar que la base más precisa de la etnografía del país vasco fué la época de la guerra cántabra y que al apartarse de ella los autores no conociendo bien el país comenzaron las confusiones. Por ello se tomaron los Várdulos por los típicos en lugar de los Vascones que lo habían sido siempre y aun se llegó a mayor confusión cuando más adelante arbitrariamente por el recuerdo, vago ya, de la guerra cántabra se acabó englobando a todos los pueblos del N. y principalmente los vascones con los Cántabros (recuérdese por ejemplo el caso del Ducado de Cantabria).

Pero desde luego hay que partir para toda consideración acerca de la etnología del N. de la península de la existencia de grupos étnicos perfectamente diferenciados e inconfundibles y estos son además de los Astures, los Cántabros, con los Turmodigos y los Berones en el interior, sirviendo de marco a los pueblos del grupo

(1) Acerca de la delimitación más exacta del territorio de los Cántabros, Turmódigos, Berones y Caristios, véase el libro citado del P. Flórez. No siempre con fortuna trató de estos problemas, a pesar de lo útil que es su trabajo, D. Aureliano Fernández Guerra en Cantabria (Madrid, 1878), con un mapa (publicado en volumen aparte, pero en realidad formando parte del Boletín de la Sociedad geográfica, IV, primer semestre, Febrero de 1878), p. 93 y sig.

vascón (en el que se incluyen las tribus parciales de los Autrigones, Caristios, Várdulos y Vascones en sentido estricto).

Respecto de los vecinos por el E. los textos ofrecen una cierta imprecisión y ello lleva a considerar el problema de los Jacetanos.

Ya hemos visto que en Estrabón, a pesar de que los límites exactos de las tribus son muy difíciles de encontrar, los Jacetanos tienen una personalidad bien marcada. Su localización en los valles de Jaca y su parentesco íntimo con los Aquitanos del otro lado del Pirineo se ha creído siempre evidente. El nombre de I-Akktetani, se supone el mismo de Akkitani con la simple adición de la partícula (Anlaut) i-. (7) Desgraciadamente donde podríamos encontrar una delimitación exacta de los Jacetanos ésta no se encuentra: en Tolomeo Jaca es una ciudad de los Vascones y en cambio se llama Jacetanos a los habitantes de la región de Cataluña en donde la generalidad de las fuentes cita a los Lacetanos. Indudablemente en el caso de los supuestos Jacetanos de Cataluña se trata de una confusión fundada seguramente en el parecido del nombre. Ello podría inducir a suponer que Tolomeo quitó arbitrariamente los lacetanos del territorio de Jaca no significando la inclusión de tal ciudad en el territorio de los vascones más que un error de Tolomeo; pero tal explicación parece contradictoria con la puntualidad de los datos de Tolomeo. ¿No podría aquí tratarse de una verdadera fluctuación de límites, de la que se hacen eco las distintas fuentes refiriéndose realmente a distintos estados de cosas? Es indudable que los territorios periféricos de las tribus pudieron sufrir modificaciones al delimitar las circunscripciones los romanos. Entonces, como se sabe que sucedió en algunos casos fuera de España, pudo devolverse o quitarse un determinado territorio a una tribu, restableciendo un límite natural o étnico o atendiendo a conveniencias administrativas o militares.

Suponiendo que los Jacetanos fuesen un elemento forastero en el valle de Jaca, como veremos luego, que no poseyese el terreno desde mucho antes de la dominación romana, en todo caso sin que se hubiese borrado en la memoria de los vascones el recuerdo de un tiempo en que tal territorio hubiese sido suyo, pudieron los romanos devolver el territorio de Jaca a los Vascones que así harían olvidar el pueblo de los Jacetanos y darían lugar a que, al no encontrarlo Tolomeo en la realidad y ver en Cataluña los Lacetanos aplicase

(I) Véase Schulten, Numantia, I.

equivocadamente el nombre de los unos a los otros (1). Esto estaría de acuerdo con el hecho de que los Iacetanos son considerados como importantes, particularmente por las fuentes que toman sus noticias de la época de las guerras de los romanos en el Ebro o de la guerra de los cántabros, mientras que la confusión se debe a las épocas posteriores. Y quién sabe si en la misma guerra cántabra se halla el fundamento de todo, puesto que si los Iacetanos son un pueblo próximo pariente de los Aquitanos, las relaciones de estos con los cántabros, después de la dominación de los últimos, pudieron traer como consecuencia la atribución de territorio de los aliados de los cántabros a los vecinos más afectos a los romanos, en este caso los Vascones, cosa que entra de lleno en los procedimientos de la política romana de la época.

La topografía de tales regiones por otra parte nos dice que lógicamente debería suponerse la unidad de todo el territorio netamente pirenaico o sea de la alta Navarra y de la alta provincia de Huesca, entre las sierras de la Peña y de Guara y el Pirineo. Acerca de ello volveremos a hablar cuando nos ocupemos del problema de los nombres de lugar, que parecen indicar una cierta extensión de los de tipo vasco no solo por las comarcas de Jaca sino incluso por la llanura de la provincia de Huesca hasta llegar a las sierras de Alcubierre.

Así, en el caso de que los Iacetanos representasen un elemento forastero en relación con los Aquitanos de Francia, se explicaría su desaparición como núcleo importante y el restablecimiento de la normalidad con la atribución de su territorio nuevamente a los vascones. Desgraciadamente de tales territorios es muy poco lo que se sabe, pudiéndose decir lo mismo de las comarcas catalanas pirenaicas (Ribagorza, Pallars, Valle de Arán, Andorra). Sólo en el extremo del Pirineo, en el territorio que se conoce desde la costa, vuelven a ser explícitas las noticias de los autores (la Cerdeña de los Ceretanos, etc.).

B) Los Iberos y la costa del Norte de la península: el problema cántabro (2).

El haber citado repetidas veces a propósito de los Vascones

(1) Sobre este problema en cuanto a Cataluña ver Bosch: Assaig etc., de la Etnología de Catalunya.

(2) Sobre el problema cántabro ver Bosch Etnología pen. y Schulten: Numantia, I. Como se verá, en algunos puntos admitimos otras posibilidades que las señaladas en Etnología pen.

el problema de los Cántabros nos obliga a insistir acerca de él y ello nos lleva también a hablar del problema de la filiación como iberos de los propios cántabros y de la posibilidad de que los demás pueblos sean o no sean iberos. Tales problemas se plantean sobre las siguientes bases:

Es positivo que de todos los pueblos de la costa del Norte de la península sólo los Cántabros han sido descritos como iberos, hablándose de sus costumbres concordantes con las de los Aquitanos, de los que taxativamente se ha dicho que se distinguen fuertemente de los pueblos no ibéricos y que por sus costumbres, su traje y su lengua son considerados como Iberos (sobre todo a propósito de las guerras de Julio César en las Galias). A ello se añade que Cántabros y Aquitanos están en tan íntima relación entre sí como distanciados de los demás pueblos vecinos, en particular de aquellos que como los Vascones se intercalan entre sus respectivos territorios.

Es indudable que tal contacto entre los Cántabros y los Aquitanos, correspondiéndose con la frecuente hostilidad o cuando menos con el apartamiento de todas las tribus vecinas: Astures, Turmódigos, Berones y Vascones, induce a creer que por una parte los Cántabros son afines de los Aquitanos (y con ellos de los Iacetanos íntimamente emparentados con los últimos), mientras que por otra parte en el mosaico de pueblos del Norte de España representan un elemento en cierto modo poco indígena y que no se ha acabado de adaptar al medio, viviendo en pugna con los vecinos.

El carácter ibérico de los Cántabros y con él de los Aquitanos, lleva a observar que ciertamente en sus costumbres y en la manera de defender su independencia los Cántabros se dejan comparar sobre todo con las tribus netamente ibéricas (Lusitanos, Ilergetas, Saguntinos) o que tienen como elemento determinante el ibérico (los Numantinos, en los que a pesar del elemento celta de la mezcla de que salieron los celtíberos, parece haber impreso el elemento ibérico su carácter definitivo al pueblo). El contraste mencionado con los demás pueblos limítrofes parece postular el carácter no ibérico de los últimos. Esta es la conclusión que se deduce claramente de la exposición de los hechos, prescindiendo de las teorías que han venido poniendo sobre el tapete los autores modernos. Aceptemos provisionalmente este resultado, que un observador sin prejuicio admitiría fácilmente como hipótesis de trabajo, aun si sólo tuviera los datos expuestos referentes a la época romana, mientras llega

el momento de confirmar tal resultado con otros indicios de mayor fuerza probatoria.

Prescindiendo de los Vascones, y de su filiación en el caso de que no sean ibéricos, veamos ahora cómo pueden haber llegado los elementos ibéricos al Norte de España. Ello debe depender de los movimientos generales de los pueblos ibéricos que, a falta de noticias explícitas de las fuentes clásicas, habrán de permitirnos trazar el cuadro en el que deban encajarse dichos elementos ibéricos.

Hemos visto cómo podía tenerse como un resultado seguro el de que los Iberos no llegaron a la Meseta superior ha-ta muy tarde: hasta el siglo III. De allí arrojaron a los Celtas o les sometieron mezclándose con ellos. Al margen de la llanura de la Meseta dejaron restos célticos, a los cuales pertenecen los Berones (como hizo notar Schulten) y probablemente los Turmódigos del N. de la provincia de Burgos. La diversidad de los Celtíberos fuertemente iberizados y de las tribus montañosas del NE. y del N. se patentiza durante la guerra celtibérica en la que los indicados pueblos no toman parte. Así parece difícil que si se infiltraron elementos ibéricos en la costa cantábrica lo hicieran en relación con el movimiento que hizo penetrar en Castilla los elementos ibéricos del pueblo celtíbero, puesto que los dos pueblos intermedios citados se interponen.

Fundándolo en la relación entre los Cántabros y los Aquitanos, así como en la presencia de los Iacetanos, análogos a los Aquitanos a este lado del Pirineo, hemos formulado en otro lugar la hipótesis de que acaso los Cántabros fuesen un grupo del núcleo ibérico del S. de Francia que al empujar los Galos por la línea del Garona desprendieron algunos grupos por los pasos de Jaca estableciéndose en el Alto Aragón. De allí buscando la salida por el canal de Berdún fueron a caer algunas avanzadas en Navarra, en donde pudieron ser batidos, viéndose obligados a perderse por la cuenca del Alto Ebro, con lo cual quedaba abierta la salida al mar por Reinosa. Ello explicaría satisfactoriamente la relación con los Aquitanos y la enemistad con los Vascones, así como la falta de relación con los núcleos ibéricos de la Meseta castellana.

Pero acaso pueda formularse otra hipótesis que, desde el punto de vista de las posibilidades geográficas, sea todavía más verosímil y que evite tener que recurrir al largo y complicado itinerario desde Francia a través del Alto Aragón y del corazón de Navarra, en donde si ha habido invasiones ha sido generalmente por el camino de Roncesvalles. Podría haber sucedido también que la relación y el parentesco

con los Aquitanos de Francia derive del carácter ibérico de todos, naciendo la mayor comunicación, acaso por mar, del aislamiento entre los pueblos de distinto origen, pero siendo los movimientos de cada grupo independientes y partiendo de bases distintas. Así mientras los Iacetanos pueden ser realmente un grupo aquitano desplazado por los empujes célticos en la línea del Garona superior (acaso relacionado con la conquista de los Voleos Tectosages), el grupo cántabro podría partir de los pueblos ibéricos del Ebro que hacia el siglo III estaban en pleno movimiento y que entonces son comprobados hacia Calatayud por los hallazgos de la necrópolis de Belmonte. Mientras unos grupos ocuparían el Jalón, otros seguirían Ebro arriba, lo que explicaría que mientras quedaban intactos los grupos de los Berones y Turmódigos de ía zona montañosa, más en relación con la Meseta, los iberos que se movían por el Ebro acabaron por pasar por Reinosa a la costa de Santander y partes lindantes de Asturias abiertas desde Santander. En tal caso se explica perfectamente la resistencia cántabra tan parecida a la celtibérica, puesto que en realidad se trataría de ramas independientes de un mismo tronco.

De todos modos, si los Cántabros son iberos representan con seguridad un elemento relativamente tardío en el N. de España, puesto que en el siglo IV, aunque no conozcamos los nombres de las tribus de la costa cantábrica sabemos por los hallazgos de la cultura post-hallstática del Norte, que los pueblos de tales regiones eran más influidos por los de la Meseta superior que por los del valle medio del Ebro (Iberos de Aragón), cosa que no sería así, en caso de que entonces ya hubieran penetrado los Iberos en Santander.

En síntesis podríamos reconstruir los movimientos de pueblos y en particular de los pueblos ibéricos en el Norte de España de la siguiente manera:

Después de la invasión céltica, que no tocó seguramente la costa vasco-cantábrica, quedaron los Celtas en la Meseta castellana, mientras que los Iberos no se habían movido todavía del valle del Ebro aragonés. Entonces el Norte, incluso la parte del Norte de las provincias de Burgos y Logroño estaba ocupado por sus pueblos indígenas, de los que el Periplo cita a los Draganos en Asturias y a los que pertenecen los Astures citados más tarde. El caso de los Astures extendiéndose por tierras de León, o sea por ambas vertientes parece paralelo del caso de los pueblos de la parte norte de las provincias de Burgos y Logroño. Tales pueblos adoptarían, por influencia, la

civilización de los Celtas de la Meseta, denotando sólo ciertas evoluciones locales su distinta personalidad étnica. Hay que suponer a los Vascones ocupando ya sus territorios. Acerca de la filiación de unos y otros hablaremos luego, bastándonos de momento hacer constar el carácter no céltico y no ibérico de todos ellos. También es probable que los mismos vascones o tribus muy emparentadas con ellas ocuparan el alto Aragón.

Un segundo momento es el de los movimientos ibéricos del siglo III. Entonces tienen lugar el corrimiento de los Iberos a la vez por la Meseta castellana y acaso Ebro arriba hacia Reinosa y Santander (Cántabros). Con ello los Celtas quedan arrinconados en el Norte de las provincias de Soria y de Burgos y los que no son sometidos se refugian en la parte montañosa en donde antes hubo la cultura post-hallstática del grupo Norte. Tales serían los Berones y los Turmódigos (fig. 12). Con tales movimientos los Vascones quedan intactos en su territorio, que realmente cae fuera de los caminos principales de comunicación y aislado naturalmente por la especial configuración de su terreno intrincado. Sólo en los valles del alto Aragón próximos a los pasos de Cantranc, o sea en el territorio de Jaca, una infiltración de elementos ibéricos del SW. de Francia (Aquitanos) produjo los lacetanos (fig. 12), que se superpusieron a la población indígena análoga a la de los Vascones.

Con la dominación romana del valle del Ebro tenemos un tercer estado de cosas. Entonces los Vascones debieron estar en un momento de apogeo y sobre todo en la época de Sertorio constituyeron un factor importante en las combinaciones de pueblos del Ebro. Así los elementos vascones en sentido estricto, o sea los navarros adquieren una importancia capital que los convierte en los representativos del grupo. Desde entonces los vascones comienzan a romanizarse, o por lo menos viven en buena armonía con los romanos. Así al sobrevenir la guerra cántabra los vascones son protegidos por los romanos y les auxilian. Después de la guerra cántabra los vascones por unos siglos son preponderantes y absorben acaso a los Jacetanos, restableciéndose el antiguo estado de cosas anterior a la penetración de éstos.

V.—INTENTO DE RECONSTRUCCION DE LA ETNOLOGIA VASCA EN RELACION CON LOS RESULTADOS OBTENIDOS PARA LAS DISTINTAS EPOCAS

De todo lo dicho anteriormente resulta que se obtienen resul-

tados aprovechables, por una parte para las épocas anteriores a la Edad del Bronce y por otra para los tiempos posteriores al siglo VI.

Para las primeras épocas se va a parar a la conclusión de que del antiguo pueblo indígena del Norte de la península ibérica en el paleolítico superior (mapa de la fig. 2) a través de la fase de la cultura asturiense y con las limitaciones que supone la penetración de elementos de la cultura central o de las cuevas en Santander y Asturias y de la infiltración y mezcla con análogos elementos en el E. de Cataluña, acaba formándose el pueblo pirenaico, que tiene sus núcleos autónomos, pero íntimamente relacionados, en el país vasco, acaso con el Alto Aragón, en Cataluña, desde donde se extiende por el SE. de Francia y en la zona bearnesa del W. de Francia, en donde se desarrolla también con autonomía un grupo de la cultura pirenaica (mapa de la fig. 4).

Para las épocas más próximas de la dominación romana, después de la laguna de datos que supone la Edad del Bronce y la mayor parte de la primera Edad del Hierro, resulta lo siguiente: De unos pueblos indígenas del N. de la península salen los que las fuentes llaman Astures (a través de los Draganos del Periplo), los Vascones (con sus diversas tribus parciales), los pueblos indígenas del Pirineo aragonés y catalán de nombre desconocido, terminándose en Cataluña tales pueblos netamente indígenas. con los Cerretanos (1). Una nueva etapa de pueblos entrados recientemente son los Jacetanos en el Alto Aragón y sobre todo los Cántabros en Santander y parte de Asturias, los cuales dejan a salvo el grupo vascón, que contrasta evidentemente con ellos (mapa de la fig. 12). Tales pueblos recientemente entrados son precisamente los pueblos ibéricos, cosa que está de acuerdo con las fechas y la manera de verificarse los movimientos ibéricos en toda la península, puesto que en el interior y sobre todo en el extremo Norte no pueden haber llegado los iberos sino en una época muy tardía.

De ello se deduce que siendo los elementos ibéricos del Norte de España precisamente los que están en abierto contraste con los vascones, éstos no pueden ser considerados como ibéricos,

En este punto de la inducción debemos comparar unos resultados con otros y encontraremos que a pesar de la falta de datos para la época intermedia podemos enlazarlos. Efectivamente el carácter de los pueblos no ibéricos del Norte de la península se corresponde

(1) Para detalles acerca de los pueblos de Cataluña y sus distintos estratos ver Assaig..... de la etnología de Catalunya.

muy bien con el estado de cosas del eneolítico, después del cual hemos visto que tendía a estabilizarse la etnología. Pero por otra parte en los pueblos pirenaicos tenemos un punto de referencia que los enlaza con los vascones. Tal es el tipo antropológico de los restos humanos de la cultura pirenaica occidental que coincide con el de los vascos actuales más típicos (1). Dada la historia vasca, en la que el elemento indígena ha permanecido intacto a pesar de las infiltraciones de otros elementos de los territorios Vecinos es lógico suponer a los vascos actuales descendientes de los vascones, por lo cual con la coincidencia de tipo entre los pirenaicos y los vascos actuales, además de la posición de los vascones en el cuadro etnológico de los alrededores de la época romana, podemos sin temor formular la hipótesis de que el pueblo vasco es en realidad el descendiente del antiguo pueblo de la cultura pirenaica, cuyos orígenes se remontan al pueblo indígena del norte de España en el paleolítico superior.

Este doble resultado, o sea: 1.º, *que los vascos descienden del antiguo pueblo pirenaico del eneolítico*, y 2.º, *que siendo así los vascos no pueden ser iberos* es de la mayor importancia y viene a ser el marco en que hay que encajar todos los demás problemas relacionados con la etnología vasca, en particular los problemas referentes a la lengua.

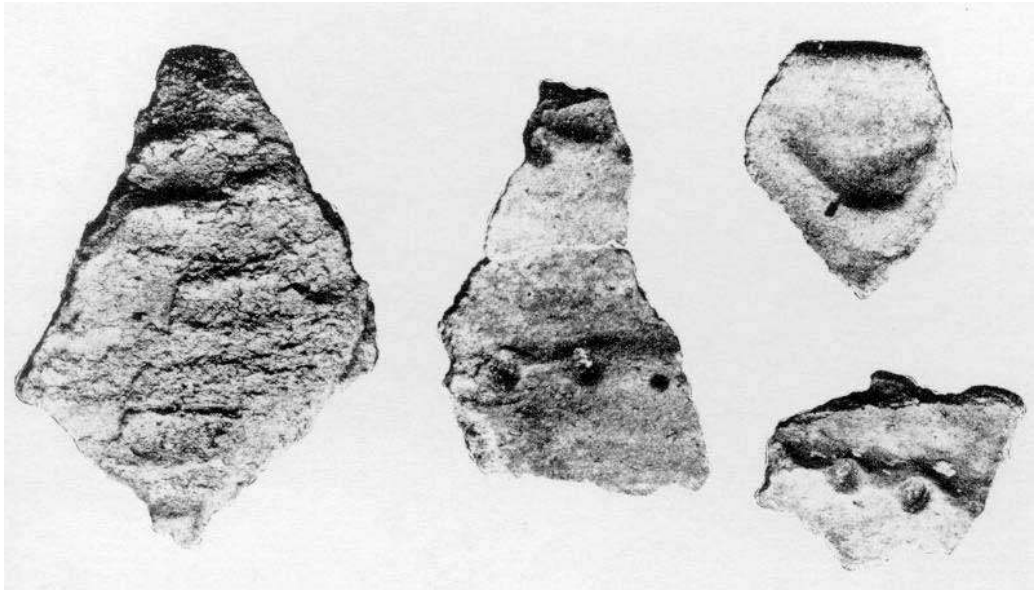
Antes de discutir estos problemas desde el nuevo punto de vista, sin embargo conviene insistir en ciertos puntos de vista referentes a la filiación étnica del pueblo vasco: el problema ligur.

VI.—LOS VASCOS Y LOS LIGURES (2).

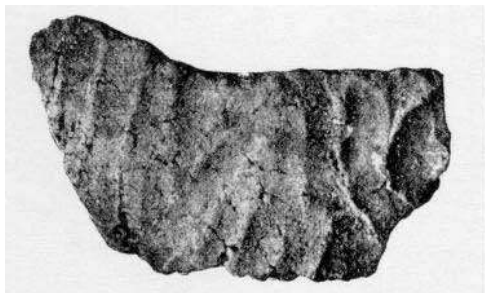
Schulten en su teoría acerca de los pueblos preromanos de la

(1) Sobre el parecido antropológico en cuestión ver el trabajo citado de Aanzadi: Síntesis métrica de cráneos vascos (*Revue internationale des études basques*, XIII, 1922). En este trabajo se ocupa Aranzadi principalmente de los vascos modernos, pero recoge las conclusiones del estudio de los cráneos y otros restos óseos encontrados en las campañas de explotación de los sepulcros megalíticos del Aralar Navarro, del Aralar guipuzcoano (1919) y de Aizkorri (1919). Sobre los restos humanos prehistóricos ver las publicaciones de tales campañas, citadas en el lugar oportuno del presente trabajo.

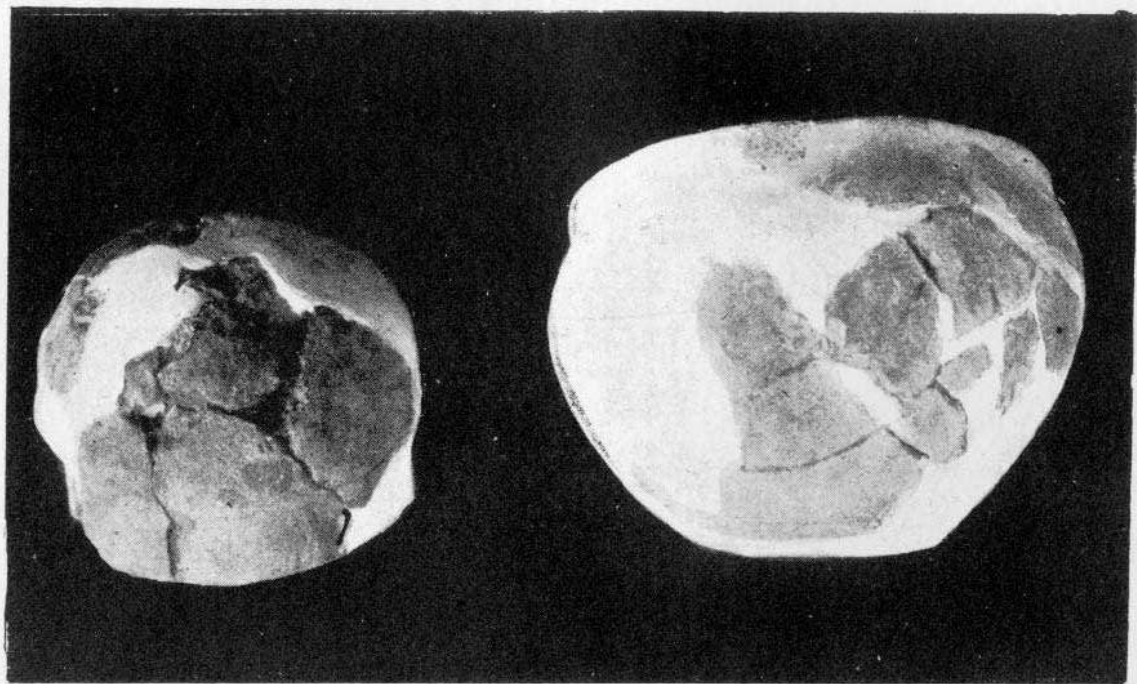
(2) La hipótesis ligura fué formulada por Schulten en su *Numantia I* (1914). Sobre las cuestiones lingüísticas relacionadas con ella ver la recensión de H. Schuchardt: *Baskisch=Iberisch oder=Ligurisch?* (*Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien*, 1915, p. 109 y sig.). Sobre el problema ligur en la península en términos generales y su aspecto arqueológico ver nuestra *Etnología pen.*



a-d). **Cueva del Castillo** (Puente Viesgo, Prov. de Santander) (Museo de Barcelona) ($\frac{1}{2}$ apr.)



e). **Cueva de Canto Pino** (Iruz, Prov. de Santander) (Museo de Barcelona) ($\frac{1}{2}$ apr.)



Cerámica pirenaica vasca.

a) Kalparmuño,—b) Gorostiarán. (Museo de San Sebastián).

(De Aranzadi-Barandiarán-Eguren. Do'm. de la S. de Aizco ri)



Cerámica pirenaica vasca.

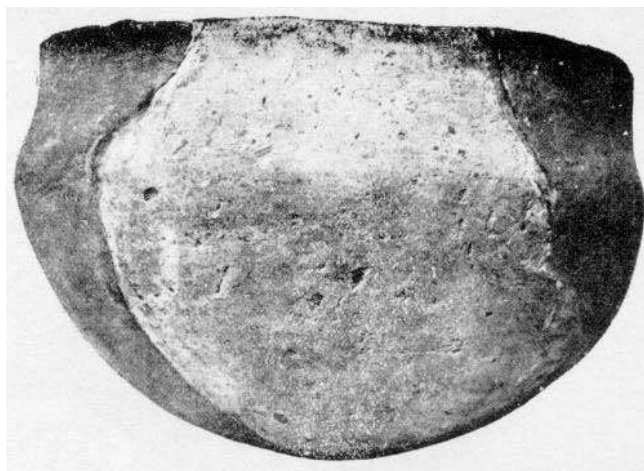
Vaso campaniforme de Pagobalzoitza. (Museo de San Sebastián).
(De Aranzadi-Barandiarán-Eguren. Dolm. de la S. de Aizcorri).

(2/3 apr.)

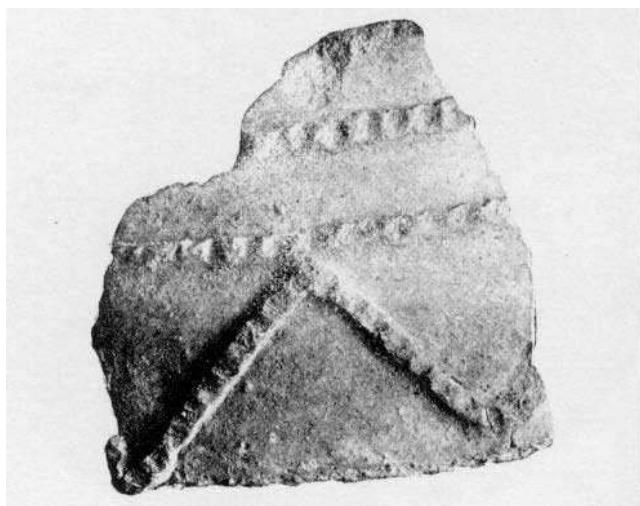


Cerámica pirenaica-catalana.

Vaso campaniforme y vaso sin decoración de la galería del Barranco (Espolla, prov. Gerona) (Museo de Barcelona) (2/3 apro.)



a) **Cerámica pirenaica catalana.** (Cista de la Collada d'Orri (Pallarols, Prov. de Lérida) (Museo de Barcelona) (2/3 apr.)



b) Fragmento de cerámica de Echauri (Navarra). Museo de Pamplona. (1/3 apr.) (Fot. Ruipérez)

península tuvo el gran acierto de plantear con los pocos elementos de que entonces se disponía, el problema de la población pre-céltica y pre-ibérica de la península. Reconoció a través de los textos y de sus grupos cronológicos la iberización tardía de la Meseta, que fué el primero en señalar y que los descubrimientos arqueológicos han venido plenamente a confirmar. Al mismo tiempo dedujo, de los indicios fragmentarios que ofrecían las fuentes, la existencia de otros pueblos anteriores en la península, pueblos entre los que contaba al vasco y que consideró formando parte de la gran comunidad de pueblos ligures que ya antes varios habían supuesto ser la población indígena del Occidente de Europa.

Excepto la denominación de Ligures que ha suscitado vivas discusiones y la homogeneidad de tales elementos indígenas, la hipótesis de Schulten ha venido confirmada. La arqueología viene, además, a resolver los puntos dudosos de la teoría de Schulten y al mismo tiempo a aclarar la filiación respectiva de los pueblos de referencia.

Ante todo hemos visto que no pueden englobarse todos los pueblos indígenas de la península en una sola familia y que en último término vienen a parar a dos elementos fundamentales irreducibles: el pueblo indígena del Norte de la península del que salen los pirenaicos del eneolítico y andando el tiempo los vascos históricos y por otra parte el pueblo de la cultura capsense del paleolítico del que en la península se producen los pueblos del Occidente y del Centro (este último el pueblo de la cultura de las cuevas).

Si bien es verdad que el pueblo de la cultura capsense no se limita a la península y que se mueve también por Francia, es difícil admitir que en Francia la etnología pre-céltica sea menos complicada que en la península la pre-ibérica, de modo que, después de estudiar los resultados arqueológicos, difícilmente podríamos admitir un solo gran pueblo indígena en el Occidente de Europa.

La hipótesis de Schulten, está pues en contradicción en parte con los resultados arqueológicos; sin embargo desde el punto de vista de los textos esta legítimamente planteada, puesto que en realidad los griegos parecen haber considerado alguna vez a los ligures como a representantes de las poblaciones indígenas del Occidente de Europa. Efectivamente, Hesíodo cita a los Ligures como el pueblo representativo del Occidente, la península parece haber sido llamada alguna vez «Lygistiké», a los Draganos de la costa de Asturias se les llama en el Periplo «ligures», denominación que aparece

en el propio Periplo diversas veces en lugares diferentes del occidente: así al hablar de las invasiones célticas de Francia, en el «lacus ligustinus» del Guadalquivir. Además en otros autores aparecen de nuevo los Ligures en España: la ciudad Ligustina del mismo río de Andalucía.

¿Qué se puede concluir de todo esto? Ciertamente que ante la confusión y el carácter fragmentario de la información que nos proporcionan los textos difícilmente preferiríamos una hipótesis basada en ellos si está además en contradicción con los resultados claros y seguros de la arqueología, que difícilmente comprueba la homogeneidad de los pueblos indígenas del Occidente de Europa. El terreno firme es pues el de la arqueología y a él hay por lo tanto que atenerse.

Pero, si tenemos en cuenta cómo los griegos pudieron conocer el Occidente de Europa y cómo aplicaban sus nombres a los pueblos bárbaros, la cosa parece aclararse. Efectivamente, de muchos lugares no podían tener noticias sino procedentes de segunda o tercera mano: tal es el caso del Norte de España en tiempo del Periplo. Además era cosa corriente, y así se han formado la mayoría de los nombres de pueblos de la antigüedad en cuya formación han intervenido los griegos, aplicar a todas las tribus que se consideran emparentadas el nombre de una de ellas: la que se cree más típica o sencillamente la primeramente conocida.

En el caso de los Ligures es probable que haya sucedido lo mismo. Los griegos conocían los Ligures del S. de Francia y allí habían comprobado que representaban una población indígena distinta de los iberos y de los Celtas. Al encontrar en diversos sitios restos de otras poblaciones indígenas paralelas es lógico que se acabara englobándolas todas bajo una misma denominación. La cuestión ligura es probable que sea sencillamente una hipótesis griega formulada en vista de datos insuficientes y fragmentarios.

Si ello es así, lo mejor es prescindir, por las dificultades que ofrece, de apellidar ligur a ningún pueblo que no sea el de los ligures en sentido estricto en el S. de Francia o en el Norte de Italia.

En cuanto al pueblo vasco, él menos que ningún otro puede ser llamado ligur puesto que entre los pueblos del Occidente de Europa ocupa como hemos visto una posición particular.

VII.—LOS PROBLEMAS LINGÜÍSTICOS RELACIONADOS CON EL PUEBLO VASCO ANTE LOS NUEVOS RESULTADOS ARQUEOLÓGICOS

Ante todo, al intentar comparar los resultados arqueológicos y antropológicos con los de la investigación lingüística, ocurre una pregunta: ¿no siendo posible que los Vascos representen, como quería la hipótesis tradicional, un resto de los antiguos iberos, sería ello un obstáculo para que su lengua fuese ibérica? Es evidente que no y pronunciarse acerca de la lengua es algo que no nos incumbe a nosotros sino a los filólogos. Aun en el caso de que la lengua vasca resultase ibérica, ello no puede ser ningún obstáculo para la hipótesis etnológica expuesta en el presente trabajo puesto que la posibilidad de contactos con los iberos se dió históricamente a partir del siglo III y es lógico suponer que de tales contactos surgirían influencias mutuas, que pudieron introducir en la lengua de los vascones elementos de las lenguas ibéricas. Además aun en el caso de máxima influencia o sea en el de que toda la lengua fuese ibérica, ello no tendría nada de particular, puesto que no sería el primer caso de un pueblo que pierde su lengua propia para tornar la de sus vecinos.

Pero una cosa es que ello sea posible y otra que haya sucedido en la realidad. Y cabe preguntarse: ¿podemos considerar como demostrado que el vasco sea una lengua ibérica? Es evidente que no y que a lo más se ha comprobado en el vasco la presencia de ciertos elementos de su léxico que concuerdan con los de las inscripciones ibéricas o con nombres de lugar que por hallarse en el S. o E. de la península se han venido considerando como ibéricos. En todo caso tales elementos no explican satisfactoriamente *toda* la lengua vasca, ni sirven para filiarla en relación con otros grupos de lenguas: a pesar de los paralelos que pueden explicar determinados fenómenos o palabras, como dice Campión, «el Robinsón vasco sigue habitando su isla desierta».

Dado este resultado cabe también preguntarse: si el fondo principal de la lengua vasca sigue oscuro ¿no cabría también que los elementos que lo informen, puedan ser, además del ibérico, otros, debidos ante todo a los mismos elementos raciales pirenaicos que constituyen la base étnica del pueblo vasco y acaso también a otros pueblos vecinos, que antes del ibérico estuvieron en contacto con

el pueblo vasco? Es indudable que no teniendo garantía de que con el elemento ibérico se explique por completo la lengua vasca hay que contar con todas las posibilidades enumeradas si se quiere colocar la explicación en un terreno objetivo. No hay duda que para llegar a encontrar la solución del problema hay que hacer un doble trabajo: en primer lugar el de separar todos los elementos de aluvión tomados de las lenguas conocidas, como el elemento románico y el elemento romano, y luego ver si puede llegarse a la filiación del resto. Tal es el trabajo de depuración que empezó a emprender Hugo Schuchardt y que actualmente prosigue Meyer-Lübke.

No somos nosotros los llamados a discutir minuciosamente tales problemas, nos basta con plantearlos desde el punto de vista de la arqueología que como se ha visto abre nuevas posibilidades y puede servir de guía para buscar los pueblos que, por sus contactos con el vasco hayan podido influir en su lengua. Pero sí queremos apuntar unos cuantos hechos que parecen abrir el camino a una explicación más satisfactoria. Al comenzar el estudio de los nombres de lugar se ha comprobado por Menéndez Pidal y por Meyer-Lübke que los más típicamente vascos o formados con sufijos que puedan considerarse como vascos o emparentados con los vascos, tienen sus extensiones principales en los territorios pirenaicos o inmediatos, todo lo más en el NE. de España, siendo más escasos a medida que nos alejamos del Pirineo y faltando por completo o siendo verdaderas excepciones en Andalucía.

D. Ramón Menéndez Pidal (1) atribuía la conservación de ciertos fenómenos como los adjetivos en *-berri*, *-gorri*, las terminaciones en *-otz*, *otze*, los sufijos *-toi*, *-oi* con sus diptongaciones *ue* y *ui* de los territorios pirenaicos, solo un par de veces representadas en el S. de España, a que en aquéllos la romanización fué menos intensa y no borró las trazas de la lengua anterior ibérica mientras que el S. más romanizado ofrece menos supervivencias del elemento indígena. Ello es posible, pero en algunos lugares de la península en los que también hubo iberos la romanización fué igualmente poco intensa y no hay motivo para que solo en las regiones pirenaicas se conserven con tanta claridad las trazas de dichos fenómenos pre-romanos, y puede pensarse en que además de la menor romanización puede haber una causa más íntima, o sea el mayor parentesco étnico.

(1) R. Menéndez Pidal: Sobre las vocales ibéricas e y o en los nombres toponímicos (Revista de Filología española, 1918, p. 225 y sig.)

Ante la falta de cronología de los elementos lingüísticos con que contamos es indudable que su agrupación geográfica puede dar alguna luz y de los más recientes trabajos del Prof. Meyer-Lübke (1) sobre toponimia de las regiones pirenaicas, vasca y catalana, parece deducirse la existencia de una gran homogeneidad de dichos elementos en las regiones pirenaicas, que va siendo menor a medida que se llega a territorios más lejanos. Así se entreve la posibilidad de que se deba contar no con un solo elemento pre-romano (prescindiendo naturalmente del céltico) en la toponimia del N. de la península sino por lo menos con otro que tiene su raigambre en las comarcas pirenaicas.

Y si esto es así no parece imposible que tales elementos lingüísticos pirenaicos representen el elemento étnico indígena, con lo cual tendríamos por debajo del aluvión ibérico en la lengua vasca otros elementos más remotos. Los resultados a que hemos llegado con la arqueología y la antropología nos demuestran que no solo ello es posible sino que concuerda con la existencia de un pueblo pirenaico, que si bien pudo dejar de ser un todo compacto, tuvo que dejar numerosas supervivencias en los valles pirenaicos, en donde aún parecen poder reconocerse incluso en la toponimia catalana, principalmente del Ribagorza, Pallars, Valle de Aran y Alto Urgel (2) así como en el Alto Aragón.

La existencia de dicho pueblo pirenaico abre también nuevos horizontes para la explicación de los elementos análogos o emparentados con los vascos en la zona pirenaica francesa y aun en la zona del gascón y bearnés puesto que en su territorio existió un grupo autónomo del pueblo pirenaico, aunque debió perder el contacto con el grupo vasco y desnaturalizarse mucho antes que los demás grupos peninsulares.

Pero, además, acaso es otro indicio aprovechable para demos-

(1) W. Meyer-Lübke, en un trabajo en prensa en el Homenaje a D. R. Menéndez Pidal. Del mismo sobre la presencia de nombres de lugar de carácter vasco en las legiones pirenaicas catalanas: *Els noms de lloc en el domini de la diòcesi d'Urgell* (Buletí de Dialectologia catalana, 1923, p. I y sig.).— El Prof. Meyer-Lübke insistió en la agrupación geográfica de los nombres de lugar de carácter vasco y en la diferenciación de la zona pirenaica respecto del resto de España en cuanto a la toponimia, también en una conferencia dada en la «Associació catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria» (Ver las actas de las sesiones en el Boletín de dicha Sociedad, I, en prensa).

(2) Ver el citado trabajo de D. R. Menéndez Pidal y también M. de Montoliu: *Els noms de riu i els noms fluvials en la toponimia catalana* (Buletí de dialectologia catalana, 1922, p. I y sig.).

trarnos la posibilidad de que en la formación de la lengua vasca hayan intervenido elementos lingüísticos de origen remoto que se remonten al tiempo de la cultura pirenaica del eneolítico, el hecho de los nombres de utensilios en que el significado real de sus componentes es el de piedra, hecho que por sí solo aislado no probaría nada, puesto que podría haber sido tomado de otro pueblo en época tardía, pero que dados los demás indicios del origen del pueblo vasco en el pueblo pirenaico no deja de agruparse muy bien con ellos.

Así tendríamos una explicación para los elementos ibéricos y para los que podríamos llamar pirenaicos de la lengua vasca, pero aún cabe preguntarse si entre ambos no se intercala algún otro. La arqueología nos dice que desde la época en que el pueblo pirenaico aparece caracterizado hasta la de los movimientos ibéricos en el Alto Ebro, en que la convivencia pudo introducir elementos ibéricos en la lengua de los vascones, sus núcleos étnicos estuvieron en contacto ya desde el eneolítico con otros grupos de pueblos: los de la llamada cultura central del neolítico y eneolítico. Y precisamente tales pueblos ejercieron culturalmente una cierta influencia en el pueblo pirenaico: mezclas en la periferia, como en Cataluña, introducción de decoraciones en la cerámica de la cueva de Santimamiñe, adopción del vaso campaniforme en toda la cultura pirenaica. El contacto con el pueblo de la cultura central nos abre además la posibilidad de que existan elementos lingüísticos emparentados pre-ibéricos en gran parte de la península, incluso en el Sur, comunes al país vasco, puesto que los grupos de dicho pueblo se extendieron desde Andalucía hasta rozar las comarcas pirenaicas. Quién sabe si los fenómenos que se han conservado mejor en el Norte de la península, pero que llegan excepcionalmente hasta el S. proceden no de los Iberos sino de tal pueblo anterior: no habiendo sido iberizado el territorio vasco pudo conservar mejor tales elementos mientras que el S. de España, antes de la romanización, tuvo ya otro motivo para que desapareciesen tales elementos en los pueblos ibéricos que allí parecen haber dominado desde el fin del segundo milenio. Así, mientras que entre la romanización y la época de formación del pueblo indígena y de los contactos con la cultura central en el país vasco no se interponen más que unas influencias ibéricas relativamente tardías y cortas, en el S. de España se interpone un elemento ibérico que durante un millar de años vivió en el país siendo el elemento director y perteneciendo a su época la mayor cultura de la región y el contacto con pueblos colonizadores que forzosamente debieron

transformar fuertemente la cultura y la lengua de la tierra. Por ello en Andalucía Ceben ser poquísimas las supervivencias de lo anterior, mientras que en el Norte lo que se deba a su influencia pudo haber permanecido más intacto.

Y con ello acaso no están agotados los factores que informen la lengua vasca y que la arqueología pueda hacer vislumbrar. Lo mismo que pudieron llegar influencias a las lenguas pirenaicas de acá del Pirineo, es indudable que de Francia pudo tener lugar lo propio. Y este puede ser el lugar de las influencias liguras si llegan a comprobarse de una manera segura, puesto que en el SE. de Francia por lo menos vivieron ligures y desde ellos no es difícil que llegasen influencias al Occidente del Pirineo.

* * *

De lo expuesto en las distintas partes del presente trabajo parece deducirse que hoy se abren nuevos horizontes y nuevos caminos para resolver el problema etnológico vasco. Al mismo tiempo parece que ninguno de los métodos que con independencia de los demás había tratado de encontrar la solución puede dar con ella, trabajando de manera aislada. Sólo del concurso de todos hay que esperarla, puesto que en unos casos la falta de cronología de los datos lingüísticos induce a conclusiones que únicamente al encajarlas en el marco fijo que proporciona la arqueología obtienen la garantía de exactitud, siendo sospechosas de error si se salen fuera de él. Por otra parte la Arqueología en el estudio de los textos históricos de la Antigüedad y en la Antropología encuentra el enlace con las épocas más recientes y puede dar nombres a los pueblos anónimos que le descubre el estudio de las civilizaciones prehistóricas, así como todas esas disciplinas se completan mutuamente y aun se rectifican cuando una laguna en los datos de que disponer, viene a comprometer la eficacia de la reconstrucción.

Pero aún puede esperarse una nueva contribución de otra disciplina que comienza ya a dar sus frutos y que también solo en la relación con los demás puede encontrar el terreno firme sobre el cual pueda levantar su construcción: la etnografía, que al aprovechar los datos folk-lóricos llega a descubrir rastros de culturas primitivas que acaso un día puedan relacionarse con las que las demás ciencias comprueban y que con la localización geográfica de sus fenómenos puede completar también algunos de los vacíos de aquéllas.

En cuanto al problema vasco. lo que se ha hecho hasta hoy para el estudio del país vasco propiamente dicho, del Alto Aragón y de Cataluña, así como lo que sabemos de las regiones vecinas del NW. de España parecen permitir vislumbrar ciertas coincidencias importantes. Así parecen existir ciertas costumbres jurídicas e instituciones folk-lóricas que tienen también su zona de extensión en todo el territorio pirenaico, faltando al terminar el mismo (1), ciertos instrumentos y utensilios vascos se extienden por el Alto Aragón y aun encuentran paralelos en el Norte de Cataluña (2). Por otra parte el arte popular vasco ofrece cierta tendencia a la conservación de elementos que se encuentran preferentemente en los demás territorios pirenaicos (3).

Esperemos, por lo tanto, que con el concurso de todas las disciplinas mencionadas habrá de llegarse en fecha no muy lejana a colmar las lagunas que todavía tenemos en nuestros materiales y que entonces será posible la solución definitiva de un problema que cuenta entre los más interesantes de la etnología y de la lingüística.

(1) Esta noticia la debo a D. Telesforo de Aranzadi.

(2) A. de Apraiz: Instrumentos de música vasca en el Alto Aragón (Revista internacional de los Estudios vascos, 1922, n.º 4).

(3) Comunicación, de D. Angel de Apraiz.